

L71 ^{Enigma}
FP

2 Höp. uelss fortada n.º 1 of 248 3 pag. Ende n.º Treus 16 pag.

Re.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

LA

ILUSTRACION DE MADRID

REVISTA DE POLÍTICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIBUJOS Y GRABADOS EXCLUSIVAMENTE ESPAÑOLES.

COLABORACION DE LOS MAS DISTINGUIDOS LITERATOS Y ARTISTAS.

—
TOMO PRIMERO.
—

MADRID,
IMPRESA DE EL IMPARCIAL Y LA ILUSTRACION DE MADRID.

PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 5.

—
1870

LA

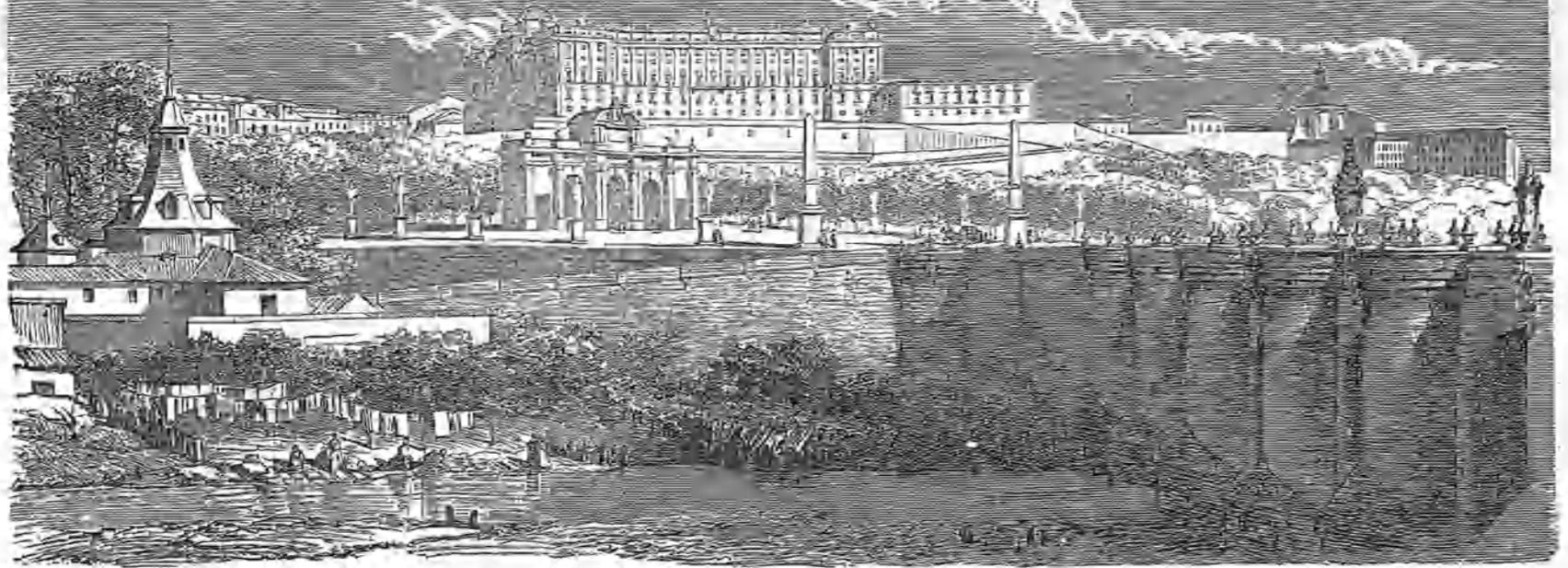
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

130 St. George Street, Toronto, Ontario M5S 1A5

TEL: (416) 978-2082 FAX: (416) 978-2089

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID, 12 DE ENERO DE 1870.

NÚM. 1.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Memorias de D. Gil Alvarez de Albornoz, Cardenal Arzobispo de Toledo, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—S. A. el Regente del Reino (biografía).—Mayólica del siglo XVI, del Museo Nacional de Escultura de Madrid.—Sepulcros de los condes de Melito en Toledo.—El Pordiosero, por G. Becquer.—La librería del Cabildo de Toledo, por D. José M. Octavio de Toledo.—Antigüedades prehistóricas de España, por D. Gustavo Adolfo Becquer.—Iluminaciones de códices.—Gaitas de Madrid. *Un drama oculto de Lope*, por D. Antonio Harada.—El capital y el trabajo, novela original de D. Luis de Eguíluz.—Desde la Soledad, sonetos por D. Antonio Ros de Olano.—Escuela de Agricultura.—Un recuerdo, por don Carlos Rubio.—Teatros, por don A. Sanchez Perez.—Troppmann, por D. Eusebio Blasco.

GRABADOS.—Serenata dada por la tripulación de la *Berenguela* á la Emperatriz Eugenia, en Suez.—Mayólica del siglo XVI, del Museo Nacional de Escultura de Madrid.—Sepulcros de los condes de Melito en Toledo.—El Pordiosero, tipo toledano.—S. A. el Regente del Reino, D. Francisco Berrano.—Portada del *Libro de la Consolacion* de Boecio.—Carácter de letra de este códice.—Escuela de Agricultura.—Inicial de un Horario.—Orla del Horario.—Retrato de Troppmann.

ECOS.

¡Adios, año de 1869, huye ligero, arrastrado por la corriente que se precipita en el vacío de los siglos; huya mientras nosotros celebramos llenos de alegría los funerales de la vida que nos arrebatas! Adios, que si hoy eres temido en ménos por cercano, mañana el tiempo te prestará la dulce poesía del recuerdo y volveremos á tí los ojos pidiéndote un destallo de luz que bañe en júbilo nuestras almas!

¡Todo pasa, todo cambia, todo se muda! ¡Bienaventurados nuestros abuelos, que en su tiempo de contar los años que mediaban desde la

aurora al ocaso de su vida! En aquellos dichosos tiempos, el sueño dorado de los más ambiciosos mortales, era gozar de una vejez tranquila despues de una existencia aún más serena, rodeados del amor de sus nietos en el seno de la paz doméstica. ¡Feliz el que veia cerrarse sus ojos, de abad, de novicio ó de monacillo siquiera en algun convento de Jerónimos, en la apartada celda que adornaban jaulas con canarios domesti-

cados, estampas de la Pasion y colecciones de pajaritas de papel de colores!

Entónces un dia ménos era un tesoro de goce perdido, y velaba con filosófica tristeza cómo el tiempo iba segando una tras otra las doradas espigas de nuestra existencia.

Hoy... la vida es sólo la más breve expresion del movimiento. La loca notora es el caballo del siglo; la electricidad es el alma que anima el universo; la *carne de Liebig* y la *Revalenta* son la cocina y el botiquin de la humanidad civilizada... y nos despedamos en un abismo de dudas, de deseos, de nuevas é infinitas aspiraciones, en agitacion tan incesante que ni podemos volver atrás los ojos, ni oímos el eco lejano de la vida que se pierde en el vacío del pasado.

Para el hombre del siglo XIX, la vida es una cantidad y la muerte es una certeza. Hacemos de la vida como de una moneda que hemos de gastar forzosamente, y cuyo último céntimo será nuestro postrer suspiro, y consideramos la muerte como una letra á la vista que ha de presentarnos algun dia un acreedor inevitable.

¡Et vaild tout!

¡Aquí Asia! ¡Allí Africa! ¡Nos hallamos sobre las aguas unidas del Mar Rojo y del Mediterráneo! A uno y otro lado se extiende la cinta de plata del canal de Suez. Brilla la luna, y á su tibia luz, se ve gran número de inmóviles embarcaciones que se reflejan en las aguas como una ciudad flotante.

El canal de Suez ha sido consagrado. Los últimos acentos de las plegarias de los reyes y de los sacerdotes cristianos se han desvanecido.



SERENATA DADA POR LA TRIPULACION DE LA «BERENGUELA» Á LA EMPERATRIZ EUGENIA, EN SUEZ.

Todo es calma, todo silencio! La union de los mares está ya bendecida por Dios!

Entre aquellos buques se halla *L'Aigle*, que sirve de palacio en las ondas á Eugenia, Emperatriz de los franceses, condesa de Teba. Lójos está la *Berenquela*, que ha hecho reflajarse en toda la extensión del canal la bandera de España.

Una lancha abandona el costado de la *Berenquela*.

—¿Quiénes llegan? preguntan los franceses.

—Oficiales de la *Berenquela*! responden los españoles.

Y poco despues al aparecer la Emperatriz en la cubierta de *L'Aigle*, parten de la barca los acordes de una guitarra, que despierta en el silencio ecos de melancolia.

¡Ah! Mi España, ¡mi dulce patria! ¡Cómo podrán escuchar tus hijos en tierra extranjera la voz de tus canciones sin que el corazón se conmueva en su pecho y lágrimas de inexplicable sentimiento corran por sus mejillas!

Cesó la primer canción que entonaron los de la barca, y la condesa de Teba pidió otras nuevas; y viendo que tardaban en recordarlas dijo:

—Cantad aquella copla...

La pena y la que no es pena
Todo es pena para mí;
Ayer pensaba por verla,
Y hoy peno porque te vi.

¡Era la Emperatriz de los franceses, la mujer elevada por la fortuna al solio de una gran nación, la que deleitaba sus oídos con los pobres versos del pueblo español! No: era Eugenia de Guzman, la hija del Darro, la huri de la Alhambra, que renacía á su juventud y á sus recuerdos con la vieja canción dada al viento en imprevisa serenata.

¡Leed la sentida copla que recordaba á los trovadores de la *Berenquela*, y encontraréis en ella un ¡ay! de tristeza, un suspiro, un lamento...! El trono es el esplendor y la gloria; pero no es la juventud ni la patria!

Si en este momento me fuese dado cambiar de nación, de idioma y de trago, yo quedaria convertido en turco.

La moda es la reina del mundo; París es el favorito de la moda: los turcos son hoy los reyes de París. Hé aquí explicada la razon del cambio que desearia efectuar hoy en mi persona.

¡Los turcos! ¡Ah! ¡Si yo hubiese sido hombre de genio ó tan sólo ayuda de cámara de alguno de ellos, hubiera formado parto de la caravana europea que ha cruzado el Istmo de Suez!

Confieso que me seducía este viaje. Y no por lo gigantesco del proyecto de Lesseps, ni por ser el viaje gratis, circunstancia hoy día no ménos gigantesca. Yo hubiera renunciado á subir á la pirámide de Cheops, y á comer pavo *trufé* y emparedados sobre las tumbas de los Faraones, yo no hubiera preguntado á las arenas del desierto la historia de los cuarenta siglos que contemplaban al ejéjrit: Napoleón en un célebre día.

Todos mis deseos se hubieran satisfecho con ver un turco cualquiera; pero legítimo, verdadero, que si tiene el capricho de vender dátiles, los venda en la propia Turquía. ¡Tan harto estoy, y tan aburrido me tienen esos otros musulmanes apócrifos, asiduos concurrentes á Capellanes, que en determinados días del año creen servir á Mahoma concluyendo con los chicos á vejigazos!

Ramontémonos á una época anterior al diluvio, para buscar la explicacion de las orgias populares de la víspera de los Reyes.

Como Dios se había propuesto desde un principio crear el mundo en sólo seis días, trabajaba de prisa, y tenía á mano y en algun desorden los elementos necesarios para realizar su propósito.

Así es, que la Sabiduría estaba al lado de la Ignorancia, y la razón junto á la Locura, y todo por el estilo.

Llegó la vez al hombre; y despues de haberlo formado con un poco de tierra de la mejor de las fincas del Paraíso —creando así de paso la propiedad hereditaria— quiso adornarle de todas las virtudes.

Mas como el andar de prisa es originado á dar tropiezos, sucedió que al coger una buena dosis de entendimiento con que aderezar la humana esfera, hubo de coger también, sin saber cómo, unos cuantos granos de locura, y éstos y aquel entraron mezclados en el cerebro del hombre.

Explícase, pues, en éste el contraste que ofrecen su aspecto, sus actos y sus palabras, la mayor parte de los días del año, con sus pensamientos, sus nejos y su aspecto

en algunos otros. En los días de Carnaval, por ejemplo, en el de San Anton, y... en la víspera de los Reyes.

Y es, que la naturaleza humana repele por instinto los granos de locura con que la aderezó la Providencia, y necesita de esos días para purificarse, sirviéndose de ellos como de válvulas por donde escapan los vapores mal sanos que llenan su cerebro.

Veía yo, por lo tanto, este como otros años, en la víspera de la festividad de los Reyes, aquellas turbas de hombres que cruzaban frenéticos por las calles agitando en infernal extruendo rojizas teas y viejos utensilios de cocina al compás de rugidos y de carcajadas; y en ese antiguo acto que algunos juzgan como una manifestación más ó ménos discreta de monarquismo, veía yo algo más: veía yo un verdadero fenómeno fisiológico, diciéndome:

¡Hé aquí unos hombres cuyos cerebros estan hoy de purga!

Han sido cerradas las salas de juego de lotería de los cafés.

Bajo el punto de vista del respeto que se debe á los derechos individuales, yo ni apruebo ni rechazo la medida tomada por el Gobernador de esta provincia. Yo no quiero saber ahora, ni me importa, si debo tener libertad para arruinarme jugando á la lotería en un café cualquiera, como la tengo para perder hasta el último real echando á la del Gobierno. Pero como acto que tiende á proteger uno de los más preciosos sentidos del hombre, el del oído, doy al Gobernador mis sinceros aplausos.

Yo he vivido en una casa cuyo piso bajo estaba ocupado por una horrible voz que desde la noche á la mañana y desde ésta á aquella, parecia encargada por algun profesor de aritmética de enseñar á la vecindad la numeracion hablada. Los que habítamos aquella casa nos acostábamos con el 1 y nos levantábamos con el 90; y nuestros sueños eran visiones de guarismos, como los sueños del protagonista de *La Carvajada*.

Un día, los vecinos, convencidos por la fuerza incontrastable de los números, de que nuestra razon estaba en riesgo, acudimos á depositar en manos del propietario de la casa las llaves de nuestros domicilios.

¡Ah! Exclamó entonces el casero profundamente disgustado con esta manifestacion pacífica: ¡ahora sí qué me ha caído la lotería!

Hoy, sin embargo, estará ya consolado viendo que en cambio al único inquilino que le quedaba en su casa le ha caído encima á manera de premio gordo el Gobernador de la provincia.

París, Madrid, Europa, están preocupados hoy con la lectura del proceso de Troppmann.

Sólo ésta parece no preocuparse de su proceso. ¡Asesino indiferente de una familia numerosa, asesino de su propia hermana, muerta de sentimiento, y de su misma madre que está espirando de dolor... no ha tenido un sólo instante de arrepentimiento!

Cuando se lee ese proceso, no puede uno ménos de sentirse disgustado... hasta de ser hombre.

Desde el Tribunal de Asises de París, el público pasa á otro espectáculo más consolador y agradable. Va á *Les Folies dramatiques*, á ver *Los Turcos*.

Allí tiene ocasion de admirar á una mujer, cuya vuelta de San Petersburgo ha tenido la importancia de un gran acontecimiento. La actriz Evaria.

Pero la gente de buen tono no va ciertamente por oír cantar á esta deliciosa turca la romanza en que explica á otra compañera el infortunio del sabio y triste amante de Eloisa; difícil explicacion que por lo visto se facilita un tanto haciéndola con acompañamiento de música. Va únicamente á deslumbrar sus ojos con los brillantes que la actriz luce como otras tantas estrellas arrancadas por ella al cielo de la Rusia.

El arte francés conoce al hombre, y sabe que el alma se asoma más á las ventanas de los ojos que á los oídos.

Y en efecto, para el hombre versátil é impresionable, ávido de gozes y de oro, ofrece más encantos el trage de las protagonistas de ciertas operetas que la música y el canto; que al fin no se ven todos los días mujeres hechas de palabras preciosas, vestidas con un pedazo de arco-iris; que cruzan por las tablas reverberando la luz de millares de bugías, como una columna de fuego cohescente, y que como el ciego al acudir sus alas derraman al agitarse una lluvia de perlas. Diríase que esas mujeres vienen del sol; diríase que son las ninfas que los buscadores de diamantes en la India suponen que habitan en las grutas de Golconda.

Y, sin embargo, ¡esas mujeres no son las más veces sino luciérnagas miserables!

He leído en un periódico que el primer día del año habían ingresado en los buzones de correos 134,272, tarjetas.

La economía, no política, avanzó un gran paso el día en que, por un acuerdo social, se convino en que el hombre podía ser representado en casa del prójimo por un pedazo de carton. Por diez reales se visita desde entonces á cien amigos sin moverse uno de su casa.

¡Qué diferencia de otros tiempos!

Hacer una visita era no há mucho asunto grave. El criado charolaba las botas con especial esmero: la señora de la casa ofrecía al héroe la camisa en que había bordado con primor diversidad de flores y de aves. Quitábase al frac la pelusa, poníase la botonadura de venturina al chaleco de ramos, y con esto y una pieza de seda por corbata y un gran alfiler en ella, y la cadena llena de dijes, y el baston de puño de oro, y los guantes amarillos, y un coche, si llovía, y se la encontraba, ya estaba Vd. en disposicion de hacer una visita.

Hoy lleva Vd. la buena educacion metida, por decirlo así, en el bolsillo. Saca Vd. una tarjeta, la pone bajo un sobre y la echa al buzón. Puede Vd. hacerse cuenta de que Vd. mismo va en la bolsa del cartero, y de que al abrir el sobre el amigo á quien va dirigido, sale Vd. en persona y le dice con la mayor afabilidad del mundo:

¿Cómo está Vd., amigo mio!

¡Oh, Dios mio! ¡Qué extraño es que en el mundo el hombre político varíe de color á cada nueva situacion, si el color mismo está sujeto á continuas variaciones!

Acercad un momento vuestra nariz, un tanto enrojecida por los rigores del invierno, á esos magníficos escaparates de las tiendas de novedades, museos de la vanidad de la mujer y pozo en que se sumen los ahorros del hombre; acercadla y vereis que aquellas ricas telas que hasta ahora inocentemente habíais tenido por seda morada, son de seda del Concilio.

¡Regocijase el corazón al cerciorarse de que en el comercio y en la industria, acusados de esencialmente materialistas, se revelen de tan claro modo los sentimientos religiosos!

Si hemos de creer á los astrónomos, el invierno ha de ser aún cruel en España.

Nuestras provincias del Norte estan cubiertas de hielo y Madrid mismo, no hace mucho tiempo cubierto de nieve, ofrecía el aspecto de un gigantesco ramillete de *Chantilly*.

Algunos infelices trabajadores han muerto helados en el campo; algun preso ha muerto de frio en su calabozo.

Nosotros, los que tenemos un hogar, y carbon, y lecho en que dormir, no podemos comprender cómo un hombre puede quedarse convertido en un pedazo de hielo.

En Madrid, sin embargo, se muera ménos del frio natural que de ese otro frio artificial formado en el corazón por la muerte del sentimiento. El magnate oye zumbir los vientos y ve caer la nieve desde su confortable gabinete, al lado de la chimenea de mármoles de Italia, envuelto en pieles y contemplando el flamear de los leños chispeantes. El obrero, rodeado de sus hijos en su chudilla miserable, siente que por entre la grieta del mal cubierto techo penetran la nieve y el viento...

¡Quien sabe, sin embargo, si el primero tiene más frio en el corazón!... ¡Hay tantos poderosos que han dejado hacerse hielo su alma!

Ha sido restablecida en Inglaterra la prision por deudas.

Efecto, sin duda, de no habersa podido restablecer la costumbre de pagarlas.

Sospecho, sin embargo, que la ley comete un grave error en poner en la cárcel á los deudores.

Para concluir con las deudas, sería mejor encarcelar al que prestase el dinero.

LA ILUSTRACION DE MADRID no dejará de consignar en estas páginas un homenaje de respeto y admiracion á Lesseps.

Moisés separó las aguas del mar Rojo abriendo camino al pueblo israelita; Lesseps ha separado la tierra haciendo de aquel mar una sonda para todos los pueblos.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

MEMORIAS

DE

DON GIL ALVAREZ DE ALBORNOZ,

CARDENAL Y ARZOBISPO DE TOLEDO.

Algunos años hace escribí yo del personaje cuyo nombre va al frente de este artículo, que su gran figura descollaba en el siglo XIV, no sólo sobre todos los políticos y guerreros españoles, sino también sobre todos los políticos y guerreros que desde Italia, Alemania ó Francia, dirigían á la sazón los negocios del mundo cristiano. Y esta desanda proposición, la apoyé entonces con las siguientes frases: «Digno es,» decía en ellas; «D. Gil, de mayor fama que alcanza todavía: útil amigo y servidor incansable de D. Alonso el oncenno, y víctima humilde y fiel de las iras de su hijo D. Pedro; predicador que admiró en los pulpitos de Florencia á los compatriotas y discípulos de los primeros de los poetas, de los artistas y de los doctores del Renacimiento; político á quien no desconcertaron ni las astucias de los célebres Visconti milaneses, ni las revueltas que suscitó en Roma con su facundia clásica Colá de Rienzi; guerrero, en fin, nunca vencido, que ni esquivó el combate singular cuando lo retaron los paladines, ni retrocedió ante las organizadas hordas germánicas que comenzaban ya á introducirse en Italia, ni necesitó para recobrar los Estados temporales del Papa, cinco siglos há perdidos, de numerosos ejércitos, otra guía que su fe, ni más ayuda que su mente y su corazón, igualmente poderosos é invencibles.» Con efecto, á pesar de la biografía latina del insigne Juan Ginés de Sepúlveda, digna de un clásico, y más de una vez traducida al castellano; del curioso libro de sus *Dichos y hechos*, publicado por Baltasar Porraño, que recopiló también los de Felipe II y Felipe III; y del elogio particularísimo que de él hizo en su *Bibliotheca Vetus*, D. Nicolás Antonio, logra mémas fama que mereces el cardenal Albornoz entre los españoles. Puede ser que andando el tiempo, dé yo á luz un libro, que tengo escrito, para enmendar esta injusticia, en cuanto alcance; libro del cual han sido impresos algunos capítulos ya con el título de *Historia de la Restauración del poder temporal de los Papas en el siglo décimo cuarto*. Si con eso y todo no consigo poner en alto lugar á aquel grande hombre, no será suya la culpa sino mía.

Por de pronto me propongo dar hoy á los lectores de *La Ilustración*, algunas noticias de su muerte y de la fama que dejó en las naciones extranjeras, donde todavía mejor que en España le conocieron, de su testamento en general, y en particular, de su famosa fundación del colegio de San Clemente en Bolonia; de su sepulcro, en fin, casi olvidado al presente en la catedral de Toledo. Tratándose de un grande hombre de España, por igual nos toca á todos honrarlo, sea cualquiera nuestra actual divergencia de opiniones religiosas ó políticas. D. Gil Alvarez de Albornoz restauró heroicamente el poder temporal de los Papas destruido por los barones feudales, la plebe romana, los potentados ambiciosos de Italia, y los bandoleros allí reunidos de naciones extrañas. Esto, que será para muchos un título inmenso de gloria, no debe ser causa de antipatía ó demérito para ninguno; ni siquiera para los que sean adversarios decididos ahora del poder temporal. Hay obligación de juzgar á D. Gil dentro de su siglo, de sus convicciones, de sus propios deberes personales y públicos, no con arreglo á ninguna opinión moderna. Lo que ha de verse, en suma, para pronunciar acerca de él un juicio justo, es si, dado el propósito, acertó ó no á dar con los medios más adecuados para conseguirlo; y si se mostró grande ó pequeño por su persona en los varios y complicados accidentes que le ocurrieron.

Podrían por sí solos responder á esto los hechos; mas en la imposibilidad de exponerlos, y habiendo de valerme de autoridades, prefiero acudir aquí á la de los escritores extranjeros, que han juzgado su vida, dejando aparte la de los biógrafos ó panegiristas nacionales. Merece entre aquellos ser recordado el primero un autor contemporáneo, que escribió la *Crónica de Bolonia*, inserta en la colección de Muratori (*De Scriptorum rerum italicarum*); repetidas veces citada con estimación por Tiraboschi, al referir la historia de la Universidad boloñesa. Este antiguo autor, testigo de vista de lo que narraba, expresa el general sentimiento que produjo la muerte de D. Gil, con las siguientes palabras: «Causó,» dice, «á toda vecina de Bolonia gran dolor su fin; porque él había sido hombre grande y prudente, sabio y muy amigo de los moradores de la ciudad; y porque él fué quien nos sacó de las manos del señor conde Milan, con

gran sudor y fatiga; imposible sería escribir, cuánto merece su memoria.» Otro contemporáneo, que escribió la vida anónima de Urbano VI, y era francés de nación (citado por D. Nicolás Antonio) estampó en aquella ocasión estas frases: «Fué D. Gil,» dice, «hombre virtuoso y sobremanera; extremado en el conocimiento de las letras, muy circunspecto en sus resoluciones, magnánimo de corazón, laborioso de cuerpo y perito y experimentado en el arte de la guerra, sin olvidar por eso el decoro de su principal ministerio; habiéndose conducido de tal modo en Italia, que fué por toda ella temido y amado á un tiempo.» Cien años más tarde el bien conocido historiador de los Papas, Platina, resumió su juicio acerca del Cardenal de esta suerte: «Ciertamente,» escribía, «que fué el D. Gil de singular virtud y guerrero aliento; y lo mostró muy bien durante su vida, defendiendo el derecho y los Estados de la Iglesia.» Bibliotecario pontificio y doctísimo en todas las cosas eclesiásticas, Platina no hizo más que decir, con propias palabras, la opinion que forzosamente le hicieron formar los testimonios y documentos que tenía á mano. Ni han sido menos admiradores de D. Gil los modernos escritores, que por incidencia ó de pasada han juzgado sus hechos, cual es fácil ver, leyendo lo que acerca de él han escrito. Denina en sus *Revoluzioni d'Italia*; Muratori, en sus *Annali d'Italia*, César Balbo, en el *Sommario de la Storia d'Italia*, Sismondi, en su extensa obra intitulada *Histoire des Républiques italiennes*.

Si D. Gil tuvo defectos de los que se hallan en todos los grandes caracteres, así como para recordar la imperfección de la humana naturaleza, ni las crónicas contemporáneas ni los historiadores posteriores han conservado de ellos noticia. Precisamente el testimonio de un fiscal inexorable, Matteo Villani, escritor florentino, y por ningún título afesto á D. Gil, confirma cuanto de él dicen sus más entusiastas panegiristas. Era hombre este Villani de acusar á cualquiera y hasta á los Papas y Príncipes de las faltas y delitos más graves, si le tenía por justo, como con frecuencia se vé en su minuciosa Crónica. De nuestro D. Pedro de Castilla, por ejemplo, que era también su contemporáneo, dejó, en pocas frases, un retrato más negro que el que pintó Pero Lopez de Ayala, y suelen tener por inexorto los admiradores de aquel Rey. Inflexible con todos Villani, trató mal á la misma Florencia, su patria, muchas veces, y una de ellas fué condenado á suspensión de derechos políticos por un año. No guardó aquel duro escritor ninguna consideración á D. Gil por cierto. Si lo que de él cuenta cede en su elogio, débese á la naturaleza de los hechos mismos y no á indulgencia del narrador. De dos únicas faltas le hallado que le acuse en toda su larga obra: la una, de ingratitud con un amigo antiguo por complacer á otro nuevo, pero más poderoso; la otra, de poca consecuencia con la República florentina, por haber ajustado aisladamente la paz con una de las llamadas *Compañías de ventura*, ó ejércitos de mercenarios extranjeros, que asolaban á Italia. De un hombre que peleó, venció, castigó y gobernó por tanto tiempo países revueltos y extraños, no podría decirse ménos, aun siendo ambas acusaciones fundadas, que no lo son realmente. Respecto al segundo punto que es el más grave, nada atenuaría la gloria de D. Gil que fuere cierto, haber él preferido el bien de la Santa Sede al de la República florentina, negándose á combatir por mera afición con las Compañías de aventureros, antes de reducir á completa obediencia las provincias eclesiásticas. Ni esto desmentiría su primario carácter de Arzobispo y Legado del Papa, ni mucho ménos disminuiría su concepto de gran político. Harto demostrado tenía ya en la rota que dió á un ejército de ingleses, que no le infundían temor sus armas; y que sabía vencerlos, ni más ni ménos que á los rebeldes barones romanos. Tampoco el *Biógrafo contemporáneo y anónimo* de Colá de Rienzi, por el cual constan detalladamente los hechos de aquel infeliz tribuno (de quien se valió el Cardenal, algunos meses, como instrumento de sus planes de restauración), era hombre que perdonase en su rústica franqueza á los magnates; y nada dice que en lo más mínimo amengüe la fama del Cardenal de España, según se le llamaba comunmente. Lejos de describirle faltas este biógrafo, ó el anteriormente citado, ambos alagian de continuo sus altas prendas, su inteligencia, su valor, su astucia misma, indispensable en países cuyos habitantes pasaban ya por los más ladinos de la tierra. Nada indica, sin embargo, que la astucia llevada á D. Gil más lejos, en ningún caso, de lo permitido por los principios de la moral ó las prácticas de la diplomacia y de la guerra; y esto, aun aplicando á aquel siglo el criterio mucho más severo en las cosas morales del nuestro, cosa que bastaría para deshacer ó

amenguar el mayor número de las reputaciones históricas. Del testimonio de todos los historiadores extranjeros, lo que se deduce, en conclusion, es, que debieron ser veniales sus faltas, quedando enteramente eclipsadas por sus cualidades extraordinarias.

Hijo de D. Gil Alvarez, señor de Albornoz, y de doña Teresa de Luna, dama aragonesa de alto linaje, había nacido nuestro insigne Cardenal en Cuenca, por los últimos años del siglo décimo tercio, ignorándose la fecha precisa; y murió en un lugar vecino á Viterbo, el 24 de agosto de 1367, lunes y vigilia de San Bartolomé, Apóstol. Fueron depositados sus restos mortales, segun su voluntad, en la famosa iglesia de San Francisco de la ciudad de Asís, hasta que pudieran ser trasladados á la iglesia de Toledo, «cuando quiera que cesara» (son palabras textuales) «la indignación del presente ó otro señor de Castilla contra los de su linaje.» Dulce recuerdo de la patria y protesta moderadísima con que dió á entender cuán injusta fuere la persecución, con que tenía D. Pedro expatriado á uno de los vencedores del Saldado y uno de los mejores caudillos de su tiempo, que, en vez de alzar como pudiera en armas su extensísimo arzobispado contra su ofensor, tres años antes de morir sólo aludía á él aun, desde la tierra extranjera, con humildes palabras. Ocurrió su fallecimiento cuatro meses despues de la batalla de Najera, precisamente cuando da nuevo parecia perdida sin remedio la causa de D. Enrique, y con ella la de sus hermanos, que ménos sufridos que él, resueltamente seguían el partido del último. Bien pudieron acñonar tales sucesos los últimos instantes del grande hombre que amaba tanto, como demostró en sus disposiciones finales, á sus deudos y á España. Había otorgado el testamento, á sus deudos y á España. Había otorgado el testamento, á sus deudos y á España. Había otorgado el testamento, de que quedan copiadas algunas frases, en el castillo de Ancons, á 29 de Diciembre de 1354; mediante la necesaria licencia y privilegio que para testar le concediera Inocencio VI en Setiembre de 1358, y durante la residencia que hizo en Aviñon, acabada su primera expedición á Italia. Despues de devolver á la iglesia de Toledo cuantas joyas y alhajas conservaba de ella, como Arzobispo, y á la de Cuenca alguna otra prenda que de ella había también recibido, por vida, de dotar capellanías en ambas, prescribir misas y todas las pías legadas que de su piedad y estado debían esperarse, heredó en buena parte de su hacienda á Gomez Garcia de Albornoz, de profesion soldado, que había defendido valerosísimamente á Bolonia en un asedio de los enemigos, y era hijo de su mayor hermano Alvar Gomez. Doló además á varias de sus sobrinas muy generosamente, hizo buenos legados á Garcia Fernandez de Belvis y á sus otros fieles servidores Fernan Sanchez de Moya, Camerino, Gonzalo Rodriguez de Cisneros y Nuño Fernandez, sus pajes; y á otro hijo de Alvar Gomez, igual en nombre á su padre, le dejó también bastantes bienes. Del remanente de toda su hacienda (son palabras precisas del testamento) ordenó que se hiciese en la ciudad de Bolonia «un Colegio de estudiantes, en lugar decente, no lejos de las Escuelas; y que fuese de conveniente habitación, con jardines, salas y cámaras;» y que se fabricase «una decena Capilla á honor de San Clemente, Mártir,» en razon sin duda á haber llevado por título este Santo, en su antiquísima iglesia de Roma. Ordenó también que «se comprasen rentas suficientes á sustentar veinte y cuatro estudiantes y dos capellanes,» y que la casa «ó Colegio se llamase de los Españoles.» Por ejecutores de tales disposiciones quedaron Fernando Alvarez de Albornoz, su sobrino, Abad de Valladolid, que escribió algunas notas sobre la muerte del Cardenal Legado; y Alonso Fernandez, Tesorero de la iglesia de Toledo. El buen Arzobispo de Zaragoza, D. Lope de Luna, que lo había seguido en toda su empresa, fué el más especialmente encargado de dar cumplimiento al resto de sus disposiciones. Halláronse, por último, presentes y fueron testigos del testamento, fuera de los dichos, Pedro Alfonso, Arcebispo de Calatrava, y Sancho Sanchez, conde de Segovia; todos los cuales merecen alguna mención, como partícipes en las peregrinaciones y hazañas del ilustre prelado.

No aguardó D. Gil á que otros cumpliesen algunas de sus disposiciones finales. La que se refería á fundar el Colegio español en la ciudad de Bolonia, hizo que Fernando Alvarez de Albornoz y Alonso Fernandez pasaran á ejecutarla sin demora; y á 6 de Marzo de 1365 dieron principio á la fábrica, con tan increíble ardor, que en el mes de Junio del mismo año la dieron por terminada en gran parte. Tuvo así el consuelo D. Gil de ver constituido aquel Colegio, con que quiso favorecer á una ciudad que tanto le había amado, y dejar en Italia por muchos siglos memoria de sus hechos y de su patria.

* Hállase dos fechas distintas en los documentos; la del 23 y la del 24.

Hoy, que los tiempos han destruido la antigua organización del *Colegio mayor de San Clemente de España*, haciendo de todo punto inútil su existencia, subsiste allí, con efecto, la memoria de nuestra nación; y vive allí todavía la gloria de D. Gil, en el almenado y severo edificio, por más que sus áulras estén desiertas y silenciosos sus claustros, y por más que suene ya á extranjera, bajo sus bóvedas, la lengua castellana. Los preciosos manuscritos clásicos con que D. Gil enriqueció su biblioteca, rivalizando en descubrirlos con Boccaccio y Petrarca, excitan la curiosidad del viajero más indiferente; y los naturales, por lo general olvidados del fundador y de los beneficios que un día prestara á sus antepasados, no pueden menos de celebrar aún los primores arquitectónicos de algunas de sus puertas, ó el mérito de las viejas pinturas que la intemperie ó la ignorancia no han destruido en sus claustros, ni dejar de pasear con placer los ojos por los seculares castaños que también mandó allí plantar el buen arzobispo toledano. Por lo que toca á los españoles, ninguno habrá que conserve amor de patria y no observe con entusiasmo los retratos de don Gil y de algunos de sus deudos, todavía colgados en una de las salas del Colegio; ninguno, digno de serlo, que deje de tributar á todos los venerandos recuerdos allí reunidos, y al edificio pintoresco que los guarda, igual homenaje de respeto que les tributara un día el autor de este artículo.

Hállase ahora sepultado D. Gil en la vecina ciudad de Toledo, y en una de las capillas de su catedral llamada de San Ildefonso, si no de las insignes por su magnificencia, por sólo contener sus restos, de las más dignas de ser visitadas que haya en el templo. En el centro de la capilla se levanta la urna de mármol blanco coronada por el lecho en que se representa echado al difunto; la urna está adornada de arcos apuntados, debajo de los cuales hay un bajo relieve con muchas figuras de ejecución no vulgar, para su época; pero no se halla allí inscripción alguna. Seis leones muy desfigurados, por servir de apoyo á los devotos que rezan en la capilla, sostienen sobre sus lomos la urna sepulcral, y sobre el lecho mismo en que la estatua descansa hay un león más recostado á sus pies. El rostro del arzobispo se halla en tal manera desgastado, que apenas puede comprenderse la expresión que quiso el artista dar á sus facciones. No es siquiera el de D. Gil el mejor de los sepulcros que hay en aquella capilla; pero es al menos el que ocupa el lugar preferente y los honra á todos. Dos de sus deudos reposan allí también; uno Arzobispo, otro Virrey de Cerdeña, ambos en sarcófagos de mucha grandeza. De notar es en esta capilla una pintura de Jesús Nazareno, varias veces restaurada, que fué la que dió el Papa para que trajese consignadas las indulgencias que concedió á los que voluntariamente saliesen á conducir en hombros el cuerpo del prelado. Esta imagen acompañó, con afecto, el ataúd de D. Gil, desde la iglesia de San Francisco en Asís hasta Toledo. También se ve un capelo colgado en esta capilla; es el que cubrió las sienes de D. Gil tan gloriosamente. Reliquias que, al amparo de las cosas santas y de su humildad misma, nos han conservado íntegras los siglos.

Iguórase el tiempo fijo en que se hizo á Toledo la traslación del cadáver del arzobispo. Había dispuesto don Gil, por su testamento, que la traslación de sus restos á España se ejecutase precisamente en vida de su amigo don Lope, Arzobispo de Zaragoza, de sus hermanos Alvaro y Fernando, ó de su sobrino Gomez Garcia de Albornoz; y que de no poder hacerse de este modo, se dejaran en Asís no queriendo fiar en otras personas aquel cuidado. Vencido, en Montiel, D. Pedro, fué luego Alvar Gomez mayordomo mayor del rey D. Enrique, caballero de la Banda, como consta en la lista que publicó de

ellos Antonio de Guevara en sus *Epístolas familiares*, y uno de los primeros personajes del reino. Tanto éste cuanto su propio hermano, su hijo Gomez Garcia, y el arzobispo de Zaragoza, debieron procurar que la voluntad de D. Gil fuese lo más pronto posible cumplida. Al referir nuestro elocuente Mariana las indulgencias que otorgó el Pontífice á los que ayudasen á traer en hombros el cuerpo de D. Gil, añade "que fué tanta la devoción de los pueblos que, por do quier que pasaba, salían en bandadas á los caminos, por ganar los perdones." Y en la mención que hace del caso la Crónica particular del Rey D. Pedro, se dice, "que fué muy notable hombre et de muy gran valor." Tanto, añadiré yo, para poner ya fin á este artículo, que con dificultad se halla otro igual en la historia patria; y mayor en realidad, no hay ninguno. Fáltale sólo que jamás se omita su nombre

quezas, y la más patente quizá de las mías, es estar siempre pronto, cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, á saborear los placeres melancólicos que ofrece al recuerdo de los hombres y sucesos insignes de los tiempos pasados.

A. CÍNOVAS DEL CASTILLO.

S. A. EL REGENTE DEL REINO.

Al dar principio á la serie de retratos que ha de enriquecer esta publicación, prestándole el carácter de actualidad que exige, no podíamos vacilar ni un sólo momento en la elección del personaje político que el lápiz y el buril de nuestros artistas debía reproducir en las primeras páginas de este álbum. Por más que nosotros tengamos el firmísimo propósito de observar estricta neutralidad en las luchas políticas y limitemos nuestras aspiraciones á ofrecer en estas columnas un centro de ilustración y de ciencia, donde el laurel del triunfo sea únicamente concedido al vencedor por la severa y desapasionada conciencia del público, no podemos menos de reconocer la fuerza avasalladora que tiene en todas las esferas del movimiento inteligente de España ese hecho, efeméride señaladísima de nuestra historia, que se llama Revolución de Setiembre, ya se la considere glorioso principio de una dichosa era, ó tan sólo nuevo paréntesis en nuestra antigua existencia política.

Al frente de ese trascendental acontecimiento, figura el hombre ilustre cuyo retrato hoy damos. Colocámosle, pues, al frente de esta publicación, que tiene el propósito orgulloso en exceso, pero noblemente orgulloso, de reflejar en sus páginas, con la importancia á interés que realmente tienen, los hechos y los hombres de la España contemporánea.

No es, ni ser puede nuestro objeto hacer en LA ILUSTRACION DE MADRID una extensa noticia biográfica de un personaje tan conocido por sus hechos de soldado y de hombre de gobierno. Nos limitaremos á dejar apuntados algunos de los rasgos y de las fechas más importantes de su historia, á modo de ligeros comentarios, puesto por la pluma del escritor al pié de la obra del artista.

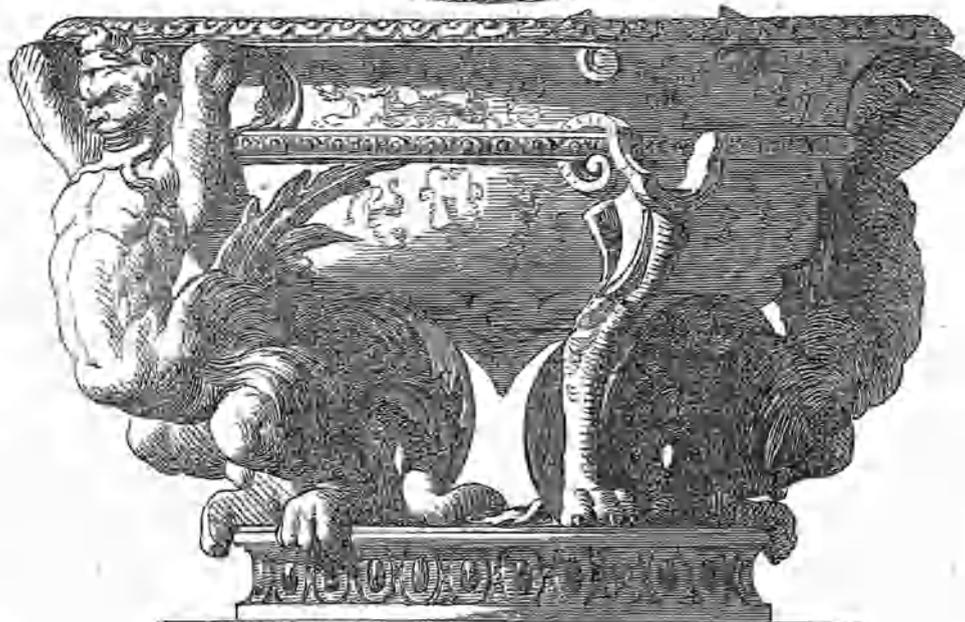
D. Francisco Serrano y Dominguez nació en la isla de León el 17 de Setiembre de 1810. Fueron sus padres D. Francisco Serrano y Cuenca, mariscal de Campo, y doña Isabel Dominguez de Guevara Vasconcelos. A los doce años era ca-

dete en el regimiento de caballería de Sagunto; en 1823 alférez; diez años después porta-estandarte del regimiento de Coraceros; en 1835 ayudante del general en jefe D. Francisco Espoz y Mina, y obtenía en la acción de la meseta de Larraun el grado de capitán, y la cruz de primera clase de San Fernando.

Más tarde ingresó en el ejército de Cataluña; y Bastri, Turbatel, Aídebot y Santuario de Pinos, fueron testigos de su valor y principio del alto renombre que debía conquistarse como militar inteligente. En esta misma época tenía lugar en Caserras, el 10 de diciembre de 1838, el desafío entre Serrano y el cabecilla Capdevila de Frigols.

Uno y otro mandaban una pequeña fuerza de caballería é infantería. Capdevila y Serrano se batieron cuerpo á cuerpo delante de sus tropas, formadas en fila á uno y otro lado para presenciar aquel lance que recordaba los encuentros caballerescos de la Edad Media. El duelo fué á lanza, y murió en él Capdevila.

Poca después, otro hecho aún más notable, confirma-



MAYOLICA DEL SIGLO XVI, DEL MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA DE MADRID.

cuando parezca oportuno citar los de Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés ó el gran Cisneros.

Sensible sería que pudieran desaparecer con el transcurso del tiempo los escasos honores consagrados hasta aquí á su memoria. Un día del año (el 24 de agosto) en que celebra la Iglesia la fiesta de San Bartolomé Apóstol, acude el cabildo de Toledo á la olvidada capilla, y canta una misa solemne en su aniversario. Cúbrese el sepulcro entonces con un paño negro que se llama el paño de la indulgencia, y es el mismo que cubría el ataúd de D. Gil cuando vino desde Asís á España. Algunos pocos fieles toledanos, agrupados en los ángulos de la capilla, elevan sus plegarias al cielo por el eterno descanso de un hombre, casi desconocido para ellos, con ser de los más grandes, entre tantos grandes como han hollado su suelo imperial. Esperemos que no dejará de tributarse, cuando menos, este homenaje cortésimo á D. Gil, mientras quede en España alguna reverencia á las cosas antiguas. Los tiempos no son para pensar sabrado en ellas, que tales las hay al presente, que requieren nuestra atención entera. Pero cada cual tiene sus fa-

ba la fama de soldado valeroso que Serrano tenia ya en el ejército. Decidió la jornada de Calaf en una carga de caballería en que guiaba á setenta coraceros, dando muerte por su mano á cuatro facciosos. A consecuencia de estas acciones, fué ascendido al empleo de comandante. No nos es posible seguirle en todas las que ilustró con sus armas en la Guerra civil; estuvo en la de Linares, en la de Oribuela del Tremedal y en la de Arcos de la Cantera en 29 de Setiembre de 1837. En esta última ocasion fué el primero que con un escuadron cargó y arrolló las posiciones enemigas, ganando sobre el campo de batalla el grado de teniente coronel, y mereciendo el señalado honor de desfilar con sus soldados delante de todo el ejército en orden de parada. En 11 de Noviembre cargó en Castelserás tres veces con un escuadron, á fuerzas triplicadas, y obtuvo la cruz laureada de San Fernando; en 1838 pasó al regimiento de Vitoria, y se encontró en el sitio de Moralla, donde brilló por su inteligencia y esfuerzo. El sorteo la retirada al levantarse el sitio, combatiendo bizarramente y siendo herido. Por la indomable bravura que desplegó en las operaciones del Ejército del Centro, fué nombrado brigadier en 1839, y también por entonces el país, que no podía ser indiferente á la intrepidez con que defendía su causa, le eligió diputado por la provincia de Málaga. Pero un alma como la de Serrano, templada en el fuego de los combates, no podía abandonar el campo mientras zumbase el cañon y silbasen las balas. Continuó, pues, desafiando á la muerte con sus proezas en Peracamps, en Llovera, en Caserra, en los campos de Urgel, en el sitio de la Canea de Trampa, en la toma de las fuertes de Orgañá, San Honorá, Oleana y la Barolina, y no dió un punto de reposo á su espada hasta que dejó á los partidarios del ejército carlista al otro lado de la frontera española. En 19 de Diciembre de 1840 fué nombrado mariscal de campo.

En este tiempo da principio la historia política de don Francisco Serrano. Elegido diputado por Málaga y Jaén se significó en las Cortes por sus ideas liberales, por su independencia de carácter y por el espíritu de honradez, desinterés y fealdad con que defendía sus convicciones. Arrancáronle de la vida tranquila que en 1841 llevaba en Málaga, donde se había retirado á descansar de las fatigas de la guerra, los sucesos de Octubre de aquel año, cuando el partido moderado quiso sacar á la ruina de Madrid.

Entonces acudió á este punto, de donde en breve salió para encargarse del mando de la primera division del Norte. Los sucesos políticos que se precipitaron con gran rapidez á causa de las diferencias que estallaron en el seno de los partidos, colocaron bien pronto á Serrano en la cúspide del poder, á que era llamado por la opinion liberal del país, que en él tenía puestas sus mejores esperanzas. Desapareció la Regencia de Espartero á consecuencia de la Revolucion, y Serrano fué nombrado ministro universal por la Junta de Salvacion de Cataluña.

En el año 1845 era ya Teniente General y Senador del Reino; más á pesar de tan importantes cargos, hay en su existencia militar y política desde esta época hasta

1854 un paréntesis ocupado por su estancia en Arjona, pueblo en que radica su patrimonio, por su corto mando en la Capitanía General de Granada y por sus viajes en Europa.

Llegaron despues los sucesos de Junio de 1854, y Serrano se unió á O'Donnell en Manzanares despues de haberse allí dictado el celebre programa que debía ocasionar el movimiento revolucionario. A su llegada á Madrid fué nombrado Director General de Artillería, marchando, pasado algun tiempo, á desempeñar la Capitanía General de la Isla de Cuba, en donde ha dejado gratísimos é impercaderos recuerdos. Uno de los rasgos de su

El porvenir añadirá, sin duda, nuevas páginas á su historia militar y política. ¿Quiera el destino que tan alto lo ha colocado, inspirarle siempre en bien de España que universalmente reconoce su honradez, su desinterés y su patriotismo! F.

MAYÓLICA DEL SIGLO XVI.

DEL MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA DE MADRID.

La industria que dió origen al desarrollo y perfeccionamiento que alcanzó en Italia la fabricacion del género de loza conoció generalmente con el nombre de *mayólica*, tuvo su origen en

nuestro país, durante el más brillante período de la dominacion sarracena.

Sabido es que los árabes, cuya civilizacion especial y muy particularmente en lo que toca á nuestra península aún no se ha estudiado bien, fueron hábiles é ingeniosos alfareros. En las muestras que nos han dejado de tierras cocidas y bañadas, ya en forma de jarros, fuentes y platos, como en sus inimitables azulejos, puede decirse que se encuentran los gérmenes de la fabricacion de estos productos de la industria cerámica que más tarde, y al desenvolverse en Italia bajo la influencia de los grandes artistas del siglo XVI, adquirieron formas tan hermosas, enriqueciéndose en estructura y color hasta el punto de constituir las que hoy se conservan, verdaderas joyas, dignas de estimacion, no sólo por su antigüedad, sino por su mérito indisputable.

No cumple á nuestro propósito detenernos á referir cómo se importaron á Italia las primeras muestras de esta industria, merced á la pasajera irrupcion de los pisanos en la isla de Mallorca, célebre á mediados del siglo XII en que tuvo lugar este acontecimiento, por sus muchas y renombradas alfarerías. Bástanos consignar que, los etimologistas dan este origen al nombre de *mayólica*, ó mallorquina, con que han llegado hasta nosotros sus productos.

Tampoco entraremos á detallar las vicisitudes porque pasaron las mayólicas durante la Edad Me-

dia, hasta que en la mitad del siglo XVI, en la famosa fábrica de Urbino, llegaron al más alto grado de perfeccion, no tanto en los esmaltes y barnices que en algunas otras fábricas se empleaban muy superiores, como en la forma y ornato que constituyen su especialidad.

Aun los más sabios coleccionistas, dudan á menudo de la procedencia fija de las mayólicas, subdividiéndolas para su clasificacion y orden, en épocas, escuelas y grupos: pues, si bien es verdad que algunas ostentan las marcas de fábrica ó de sus autores, éstas no suelen ser siempre las mismas, y hasta respecto de las contraseñas é iniciales reina extraordinaria confusión, equivocándose á menudo con las de otros que habitaron diferente localidad y pintaron en diversos tiempos.

No obstante, la carencia de datos que origina dudas en los que proceden de buena fé, es costumbre general referir aquellas en que más directamente se nota la influencia de la escuela de Rafael, á la famosa fábrica de Urbino; no faltando quien se enorgullece, creyéndose poseedor de mayólicas trazadas y pintadas por mano de aquel grande artista.



SEPULCROS DE LOS CONDES DE MELITO EN TOLEDO.

vida que mejor pintan el noble carácter de Serrano, es la nunca desmentida amistad que profesó á O'Donnell; amistad á que le hecho en ocasiones grandes sacrificios como hombre político y ante la cual en nada ha tenido su propia conveniencia. Verdad es que Serrano ofrece un raro contraste por su carácter como soldado y como hombre de familia, y su corazon tan duro en los combates, encierra tesoros de sentimiento que se revelan ante cualquier desgracia y que le ofrecen en el hogar doméstico los puros gozos que los ambiciosos políticos olvidan y desprecian ávidos de poder y de gloria.

Entramos ya en la parte biográfica que comprende los acontecimientos políticos ocurridos en los últimos años. Es sobrada conocida la participacion que en ellos ha tenido el importante personaje que nos ocupa, para que nosotros los reseñemos. Aquí, pues, detenemos la pluma: limitándonos á decir que consumada la Revolucion de Setiembre, el General Serrano, como Jefe del Gobierno Provisional y del Poder Ejecutivo, y más tarde como Regente del Reino, ha correspondido á la confianza que en él han depositado los partidos liberales.

La crítica juiciosa no ha admitido, y con razón, esta especie como cierta. Aunque la valentía y corrección con que están trazadas las figuras que adornan ciertas mayólicas, y la grandiosidad y disposición del asunto de sus cuadros pudieran hacer sospechar que habían tomado parte en ellas pintores de profundos conocimientos y fama, esta particularidad se explica sabiendo que, durante su mejor período, se modelaron y pintaron conforme á dibujos obra de Rafael y de algunos de sus mejores discípulos y continuadores, entre los que debemos mencionar muy particularmente al célebre Marco Antonio.

La mayólica, cuyo dibujo damos hoy en nuestras columnas, y que se conserva en el Museo Nacional de Escultura de Madrid, es sin duda de las obras más notables en su género, hasta el punto que, si alguna pudiera suponerse obra de Rafael, ésta es desde luego la que más condiciones reúne para justificarlo. La elegante disposición del contorno, la corrección del dibujo y las grandiosas formas de las caprichosas figuras que la embellecen, la gracia y la ligereza de las figurinas y adornos que componen el grotesco de la orla, juntos á la magistral composición del asunto que llena el fondo, el cual ofrecemos dibujado aparte, nos hacen presuntir que pertenece al número de las que se produjeron en el más brillante período de la fábrica de Urbino, con arreglo á dibujos y traza de Marco Antonio, de cuyas obras tiene toda la belleza y el carácter.

Esta magnífica mayólica que, según dejamos dicho, se guarda con gran estimación en el Museo Nacional de Escultura, estuvo hasta no hace muchos años en la Botica de la real casa, dedicada á los servicios usuales en esta clase de establecimientos. El inteligente artista y pintor de cámara D. José Madrazo, que tan activa parte tomó en la formación de nuestros museos, la sacó del sitio en que permanecía olvidada y desconocida su mérito, para colocarla donde hoy sirve de admiración y enseñanza, no sólo á los aficionados á este género de obras, sino á cuantos entienden algo de arte y pueden apreciar en lo que valen las condiciones de elegancia y corrección que reúne.

B.

SEPULCROS DE LOS CONDES DE MELITO EN TOLEDO.

El campo más vasto para una publicación ilustrada española, es seguramente la reproducción de los infinitos monumentos de todas épocas y estilos que se encuentran diseminados hasta por las más oscuras poblaciones de nuestras provincias, muchas de las cuales, no ofrecen otro atractivo á los ojos del artista y del viajero.

En otros países, multitud de publicaciones de diversos géneros, viajes, trabajos arqueológicos, y muy particularmente la fotografía, han agotado casi por completo el asunto. A pesar de que en España se ha hecho algo en este sentido, es tanto lo que permanece ignorado que bien puede decirse que aún se conserva intacto su tesoro, al menos en la parte que suele ofrecer más novedad é interés para las personas inteligentes.

La fotografía, como el viajero conducido por un cicloro vulgar, suele recorrer tan sólo aquellos puntos marcados de antemano, reproduciendo vistas y edificios de los que si no cabe fastidiarse, porque en efecto, son de incomparable hermosura, se han hecho ya comunes á fuerza de ver siempre repetida la misma cosa bajo idéntico punto de vista. Cierta que para abarcar grandes conjuntos con esa prolijidad de detalles que ofrecen algunos monumentos, la fotografía lleva en ocasiones inmensa ventaja al arte; pero por lo común, su impresión deja traslucir algo de la aridez y la prosa de un procedimiento mecánico é insteligente, faltando en sus producciones ese sello de buen gusto, ese tacto para dejar ó tomar aquello que más conviene al carácter de la cosa, ese misterioso espíritu, en fin, que domina en la obra del artista, la cual no siempre hace aparecer el objeto tal cual realmente es, sino como se presenta á la imaginación, con un relieve y acento particular en ciertas líneas y detalles que produce el efecto que sin duda se propuso su autor al concebirlo y trazarlo.

A más del discernimiento superior que guía al lápiz del dibujante para buscar, entre los numerosos monumentos que nos han dejado nuestros mayores como testimonio de su grandeza, aquellos rasgos y accidentes que mejor caracterizan una época ó un estilo; á más de la suma de conocimientos que posee acerca del particular y le ayudan á inquirir los más oscuros é ignorados, y á saber que elementos necesita el pintor para sus fondos, el arqueólogo para sus estudios, el historiador

para la inteligencia de sus escenas, aún tiene otra ventaja y es la de poder reproducir todo lo que por el punto en que se encuentra, la falta de luz apropiada ó de distancia suficiente sale del dominio de la fotografía.

En los moriscos arcos de las casas que aún se ven en las torcidas y estrechas callejas de las antiguas poblaciones; en el ángulo de los templos á donde penetra con dificultad la luz al través de los vidrios de la ojiva; en el interior de las habitaciones de esos palacios levantados sobre las ruinas de otros edificios notables y que son una agregación de construcciones de diferentes y remotas épocas; por todos aquellos sitios á que lleva al aficionado su entusiasmo por las obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades, recoge infinitos datos importantes y apáta, aunque ligeramente, esos rasgos llenos de verdad y carácter que tanto nos deleitan, cuando examinamos la cartera de viaje de un artista.

Algo semejante tratamos de hacer en las páginas de LA ILUSTRACION DE MADRID, reproduciendo trabajos de esta índole, y llenando en parte el vacío que se nota por la falta de otras publicaciones especiales, dedicadas á generalizar dentro y fuera de España el conocimiento de sus riquezas arqueológicas.

La ciudad de Toledo, sin duda alguna, la más visitada por nacionales y extranjeros y de la que más se ha dibujado y escrito, brinda aún cosecha abundante á los que se dediquen á estos estudios, ya en los detalles de los mismos edificios que tan á menudo se reproducen ya en otros al parecer de menos importancia por sus proporciones, pero que á veces ofrecen mayor interés por el carácter ó la ejecución.

Entre ellos se encuentran los sepulcros, cuya reproducción ofrecemos hoy en nuestras columnas. Estos dos notables sepulcros, que forman un solo monumento y cuya armoniosa disposición y elegante contorno sorprenden á primera vista, pertenecen á D. Diego de Mendoza, Conde de Melito y á su mujer, doña Ana de la Cerda, personajes que desempeñaron un papel muy importante en el siglo XVI, con razón llamado de oro de las letras y las artes españolas. Antiguamente se encontraba en la iglesia del Convento de Agustinos Calzados de Toledo; pero al derribar este edificio, lo trasladaron, no sin que sufriera algunas graves mutilaciones, á la de San Pedro Mártir, en una de cuyas naves se encuentra en la actualidad.

En el Convento de San Pedro Mártir, acaso el más grande, rico y espacioso de Toledo, se haya establecida la casa de Beneficencia provincial, y en su iglesia se ven reunidos numerosos y curiosos restos recogidos de diferentes ruinas, tales como sepulcros, lápidas é inscripciones referentes á personajes notables y poderosos.

Cuando se penetra bajo sus bóvedas y se descubren por un lado el pendón que llevaba á los combates el famoso Cardenal Mendoza, también traído aquí de otro templo, las mutiladas urnas sepulcrales de los próceres toledanos, y las lápidas en que hablan de su poder y sus títulos, mientras por otro se ven arrodilladas acá y allá las infelices criaturas que viven de la caridad oficial, no puede menos de pensarse en el extraño destino de aquel inmenso edificio que una vez abandonado por sus fundadores, ha venido á ser un doble asilo de las glorias del pasado y de la miseria del presente.

B.

EL PORDIOSERO.

TIPO TOLEDANO.

El estudio de los costumbres populares de un país ofrece siempre grande interés á las personas ilustradas. Ya se las mire bajo el punto de vista del arte, baseando en ellas lo mucho que tienen de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para reconstruir el pasado, del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas, eruditos é historiadores deben detenerse á analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trages y hasta las ideas de esas masas, que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones.

Pero si siempre es de gran interés este género de estudio, nunca lo será tanto como en los momentos actuales, en que, espectadores de una radical transformación, sólo así podremos recoger la última palabra de un modo de ser social que desaparece, del que sólo quedan hoy rastros en los más apartados rincones de nuestras

provincias, y del que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

La irresistible corriente de las nuevas ideas nos empuja hacia la unidad en todo; los caprichosos ángulos de las antiguas ciudades vienen al suelo sacrificados á la línea recta, aspiración constante de las modernas poblaciones; los característicos trages de ciertas provincias comienzan á parecer un disfraz fuera del oscuro rincón de la aldea; los usos tradicionales, las fiestas propias de cada localidad, se nos antojan ridículas. Treinta años faltan al siglo XIX para concluir su carrera: por nuestra parte, creemos que en esos treinta años desaparecerá por completo lo poco que de este género existe y puede aún consignarse para transmitir su recuerdo á los que vendrán tras nosotros y tal vez culparán nuestra incuria.

No nos falta la fe en el porvenir; cuando juzgamos, bajo el punto de vista del filósofo ó del hombre político, las profundas alteraciones que todo lo trastornan y cambian á nuestro alrededor, esperamos que en un término más ó menos distante algo se levantará sobre tantas ruinas: pero séanos permitido guardar la memoria de un mundo que desaparece y que tan alto hablaba al espíritu del artista y del poeta; séanos permitido sacar de entre los escombros algunos de sus más preciosos fragmentos, para conservarlos como un dato para la historia, como una curiosidad ó una reliquia.

Reuniendo en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID cuanto nos sea posible allegar referente á monumentos, tipos, trages y costumbres de nuestras provincias, creemos hacer algo de lo mucho que en este camino podría aún hacerse por nuestros artistas y escritores contemporáneos.

El tipo que ofrecemos hoy, y que nos ha inspirado estas líneas, viene á corroborar la opinión que dejamos consignada. Merced á los esfuerzos de la beneficencia oficial y á los reglamentos de policía urbana, las poblaciones importantes de nuestro país se han visto libre de la nube de pordioseros que en tiempos no muy remotos llenaban sus calles. El mendigo, cuya cabeza típica y pintoresca ha aya inspirado á más de un artista fantásticas siluetas, se ha transformado al contacto de la civilización en el vulgar acogido de San Bernardino, con su uniforme de bayeta oscura y su sombrero de hule. Al imponerles la chapa y la guitarra á los que aún permanecen, merced á no sabemos qué privilegio, á las puertas de las iglesias, los han despojado de la originalidad y multitud de atavíos, lesiones, actitudes y aringas en que desplegaban su inagotable fantasía. La mendicidad, que se arrastra siempre en derredor del fausto, ha sido en ciertas edades el rasgo característico de la sociedad española. Desde el lidiado que pedía limosna á Gil Blas con el trabuco, hasta el sopista que seguía una carrera y llegaba á veces á los más altos honores mendigando las sobras de los conventos, nuestro país ha ofrecido tipos de pordioseros, tan numerosos y extravagantes, que ni Callot ni Goya los hubieran soñado.

Aplaudimos á la Administración que hace esfuerzos por remediar este daño, poniéndonos en lo posible al nivel de los países de mayor cultura; pero, no obstante, nos gusta recoger las impresiones que guarda el artista de estos tipos tradicionales, y que hoy sólo en algunas provincias pueden estudiarse con toda su pintoresca originalidad. Tiene el arte no sabemos qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros, sabe, tomando un detalle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado á través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática.

En algunas de nuestras antiguas ciudades castellanas, cuando la nieve cubre el piso de las revueltas calles y sopla el cierzo haciendo rechinar las mohosas velas de las oscuras torres, ¿quién no ha visto inmóvil junto al timbrado arco de una vetusta casa solariega la figura de un pordiosero que tiende al fin la descarnada mano para llamar á la puerta, cuyos tableros desnudos, grandes clavos y colosales aldabas traen á la memoria las misteriosas puertas de esos palacios deshabitados llenos de encantos medrosos de que nos hablan en los cuentos?

La multitud pasa indiferente al lado de aquella escena: el artista se detiene, herido ante el contraste de tanta miseria junto á tanto esplendor; capta en la armonía de las líneas y en los efectos del color, se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece á otra época diferente, y ve una revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra á hablar á su alma por el conducto de los ojos.

G. BEOQUER.

LA LIBRERÍA DEL CABILDO DE TOLEDO.

La mayor y más noble victoria alcanzada en la guerra de la moderna civilización contra el oscurantismo de los pasados siglos, es la de que la ciencia, patrimonio de los pocos y casi exclusivo de una sola clase de la sociedad, haya pasado al dominio de los más, adquiriendo aquella fuerza impulsiva que, una vez desarrollada, hará que nuestra patria ocupe el puesto que le corresponde entre las naciones cultas de Europa. Cada trofeo literario, artístico ó científico arrancado á sus antiguos y avaros poseedores, ha sido recogido, estudiado y discutido por los amantes del progreso, dando lugar á notables descubrimientos, proporcionando nuevos datos para fijar la verdadera figura histórica de muchos ilustres personajes, y sacando á luz los nombres de otros que yacían en el más lamentable olvido.

Es una verdad reconocida por cuantos se dedican al estudio de las letras, que cuando se hayan desenterrado, traducido y comentado los códices y documentos paleográficos que todavía permanecen ignorados en nuestros archivos, será necesario reconstituir en gran parte nuestra historia civil, política y religiosa: de manera que, nuestros literatos de hoy, tienen que limitarse únicamente á preparar los materiales indispensables para el magestuoso edificio que podrán levantar otras más afortunadas generaciones.

La revolución iniciada en Setiembre de 1859, más radical que las precedentes, debía contribuir en mayores proporciones al indicado objeto, y lo ha conseguido haciendo que las bibliotecas y archivos que se conservaban en las catedrales é iglesias hayan pasado á poder de la nación. Entre ellas merece un lugar muy preferente la *librería del Cabildo de Toledo*, y puesto que por nuestra afección y no por otras cualidades de que carecemos, fuimos designados por el Gobierno provisional para hacernos cargo de tan preciado tesoro, nos creemos en el deber de llamar hacia él la atención de los paleógrafos, literatos y artistas, indicando siquiera sea ligeramente el nuevo campo que se presenta á sus investigaciones y estudios, ya que reconociéndonos faltos de las dotes necesarias no hagamos la minuciosa descripción que merece el asunto.

Parece que ya en tiempo de los Godos se había formado en la Catedral de Toledo una colección de las obras más notables conocidas en aquellos tiempos, la que se perdió al ser trasladada á las comarcas del Norte para salvarla de las bandas sarracenas. Posteriormente, á fines del siglo XIV, el Arzobispo don Pedro Tenorio, uno de los hombres más sabios de su época, fundó la librería que hoy existe, cediendo los códices que constituían la suya particular y con algunos de la primitiva que se habían recuperado; después fué aumentada sucesivamente por varios prelados, pero muy especialmente por el ilustre Cardenal Lorenzana, que en los últimos años del siglo pasado trajo de Roma una escogida colección de códices litúrgicos pertenecientes á los dos siglos anteriores, además de los que en crecido número y variado asunto formaban la biblioteca del Cardenal Zelada.

Muchos bibliófilos solicitaron con grande insistencia penetrar en aquel recinto de la pasada ciencia, pero los afortunados fueron pocos, y no todos por cierto agradecidos al favor que se les dispensara, puesto que dejaron huellas por donde se describe la poca conciencia que guió su mano: misal precioso existía allí, al que le faltan treinta y cuatro de sus iluminaciones, quizá las mejores. Sin embargo, debemos confesar que no son muy comunes tan lastimosas mutilaciones y que por lo general se hallan los códices perfectamente conservados, pudiéndose entre ellos examinar todavía todos los que componían esta librería el año 1455, en cuya fecha se hizo un catálogo, el más antiguo de los que hoy se conservan.

Las noticias que se tenían de tan escondido tesoro eran por lo tanto muy vagas y exageradas. Suponíase que entre otras muchas y variadas curiosidades debían encontrarse allí las actas y originales de nuestros Concilios hasta hoy perdidas, y que los papiros, plumbos, becerros, cartularios y otros monumentos literarios ó históricos de que carecen nuestras bibliotecas, se hallarían hasta con profusión. Desgraciadamente estas halagüeñas esperanzas no se han realizado por completo. Por lo que arrujan los índices que hoy existen, correspondientes á cada uno de los cuatro últimos siglos, nunca figuraron en la librería que nos ocupa, ni las citadas actas, ni papiro alguno, y si tenemos un plumbo, se debe á la biblioteca de Zelada, de donde procede; pero no faltan antiquísimos y muy notables documentos paleográficos, literarios y artísticos que merezcan ser es-

tudiados con todo detenimiento y que puedan competir con los mejores que se conservan en las demás naciones.

Concediendo el primer lugar á los que pertenecen á fecha más remota, nos hallamos con unos cincuenta códices góticos, que si bien no llegan al siglo VII de cuya época se esperaba encontrar, no debe alguno ser muy posterior. De los más notables son: *Los Morales sobre Job*, de San Gregorio, escrito en 925 por el Monje Florencio, en letra gótica redonda, de gran hermosura, igualdad y limpieza, con márgenes espaciosas, algunas iluminaciones de mucho mérito, perfectamente conservado, y con tales datos respecto á la edad del escritor, punto en que lo hizo y día en que lo terminó, que realzan sobre manera su valor.—*Los sesenta libros de las Etimologías* de San Isidoro, en folio, á dos columnas, con las capitales y varias figuras iluminadas y con notas marginales en árabe: códice de los más antiguos de esta librería y del que en opinión del P. Burriel, se puede sospechar haberse escrito en el siglo VII.—*Las tres libros de las Sentencias* ó el tratado de *Summo bono*, del mismo San Isidoro, escrito por Theodsmiro en la era 953 (año 915), quien dice le acabó á las siete del día 31 de Marzo.—*Vidas de Santos Padres*, de San Jerónimo, escrito en 902 por Armentario, reinando don Alonso III: al fin tiene un laberinto en que se lee *Trasmundi Abbati*.—Varios rarísimos misales y breviarios manuscritos, con letras adornadas y en colores, y con canto en neumas musicales desconocidos, indudablemente anteriores al siglo X, y que pasaron de las iglesias á esta librería cuando se introdujo el rito nuevo.—Un ejemplar del *Fuero Juzgo* en latín, en caracteres góticos del año 900, según los PP. Benedictinos Meco-laeta y Sarmiento, con notas árabes al margen y con capitales, epígrafes y figuras en colores: contiene los doce libros de las leyes que los Godos dieron á España, y á lo último, diez y siete capítulos contra judíos y herejes.—Otros dos ejemplares de la misma obra, también en latín, el uno en 4.º y el otro en folio, del año 1200.—Una *Colección de Concilios*, en un volumen en folio á tres columnas, que según el citado P. Burriel, «es la más amplia, la más pura y genuina que hubo en lo antiguo en la Iglesia de Dios, y por la cual se gobernó la de España.» Códice que se halla conforme con el famoso *Lucense* que se quemó en el Escorial en el incendio acaecido en Junio de 1871, según el cotejo que hizo Juan Vazquez de Marinol con el índice del *Lucense* y que imprimió el Maestro Risco en el tomo XL de la *España sagrada*. Lo empezó á escribir el Presbítero Juliano el día 19 de Enero de 948.—Otra *Colección de Concilios*, quizá copia de la anterior, escrita en Alcalá el año 1095.—Por último, una *Biblia* antiquísima, tal vez el decano de nuestros manuscritos, de letra gótica redonda, escrita á tres columnas é ilustrada con algunas grotescas figuras al trazo. En opinión del eminente P. Mariana que examinó este inestimable códice, debió escribirse con anterioridad á la invasión sarracena, por lo que el P. Andrés Marino en su *Escuela de leer letras antiguas*, le pone la fecha de 708. Contiene la más pura versión de San Jerónimo, y según el P. Burriel, parece haber sido dispuesta por San Isidoro para uso de las iglesias de España, el que añadió proemios á cada libro, las vidas de los Profetas y puso argumentos y epígrafes á los capítulos de casi todos los libros, que tienen diferente división y orden que los de la Vulgata. Al fin hay una nota en que diez perteneció á Serrando, Obispo primero de Ecija y luego de Sevilla, el que la regaló á Juan, Obispo de Cartagena y después de Córdoba, y ésta á su vez la cedió á la iglesia de Sevilla en 988. Nosotros únicamente nos atrevemos á dar por seguro, al compararla con *Los Morales de San Gregorio*, que debe ser bastante anterior al siglo X.

En lenguas orientales se hallan más de treinta códices hebreos y casi otros tantos en árabe y persa: entre los primeros, escritos unos en carácter cuadrado y otros en el llamado rabínico, hay varios de obras sagradas, morales y místicas, alguno litúrgico, uno astronómico, otro de sinónimos hebreos y una gramática: de ellos haremos notar dos *Biblias* en vitela, bellísimamente escritas, con notas marginales también en hebreo y en estado perfecto de conservación: entre los árabes hay cuatro *Coranes*, varios *Devocionarios* y los tratados médicos de Dioscórides, Galeno y Avicena.

Mayor y más variado es el número de los griegos, puesto que crecen de cincuenta, y los hay sagrados, litúrgicos, históricos, científicos y literarios: de ellos citaremos un magnífico ejemplar de los *Evangelios*, con los epígrafes y capitales adornados y en oro: una colección canónica, de muy buena letra: los opúsculos de San Eufren, de San Basilio y de otros Santos, en un volumen en 4.º del siglo XII: las obras de Platón, Aristóteles y Plutarco: las de Ptolomeo comentadas por

Theon; las de Euclides con comentarios en hebreo al margen: la *Exposición de los Argumentos*, de Apolonio Alexandrino, llamado el Rodio: las obras poéticas de Píndaro, las *Fábulas de Esopo* y tres ejemplares de la gramática griega de Theodoro Gaza.

El de los latinos es muy considerable, y las secciones de clásicos, de Santos Padres, de derecho canónico y muy especialmente la de litúrgicos, con dificultad se hallarán tan ricas y numerosas en ninguna otra de nuestras colecciones. Entre los primeros, los hay notables por algún concepto, de las obras de Cicerón, Virgilio, Horacio, Catón, Lucrecio, Terencio, Juvenal, Stacio, Plauto, Macrobio, Porfirio, Marcial y otros, y de muchos de estos autores varios ejemplares, si bien con marcadas diferencias en la fecha y carácter de letra. Hallanse también repetidos códices de las obras de San Anselmo, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo y demás padres de la Iglesia, contándose hasta doce de San Gregorio, diez y ocho de San Agustín y veinte de Santo Tomás. Pasando por alto los de otras secciones bibliográficas por no aumentar tan larga lista de nombres, añadiremos dos obras científicas: un notabilísimo ejemplar de la *Historia natural* de Plinio, que ofrece considerable número de variantes con las ediciones publicadas hasta el presente, y entre otras varias y muy raras de astronomía, uno titulado: *Filosofía astronómica*, del maestro Wilhelmo, en letra monacal del siglo XIV, con las figuras celestes en colores, oro y plata y conservadas de manera que parecen acaban de ejecutarse: por último, un *Tratado del juego de ajedrez*, al parecer del siglo XIII, en latín y lleno de preciosas miniaturas.

Los litúrgicos, cuyo número no bajará de trescientos, se distinguen además de la fecha remota que muchos alcanzan, por la riqueza de sus iluminaciones, pudiéndose estudiar en ellos y en variedad grande de modelos la historia del arte desde el siglo X al XVII. Difícil nos sería conseguir que nuestros lectores formaran idea de su importancia citando los que nos parecieran de mayor interés, porque nos veríamos perplejos en la elección: mas no pasaremos en silencio los que, en nuestro concepto, por su correcto dibujo, brillante colorido y manera como están ejecutados, llegan al más alto grado de perfección, demostrando al mismo tiempo en sus muchas figuras y adornos la fecunda imaginación de sus autores. El llamado *Misal rico*, mandado hacer por el cardenal Jimenez de Cisneros, y que en siete abultados volúmenes, con ilustraciones en todos los folios, no se halla una que no acredite al autor de gran artista: lo empezó á escribir Gonzalo de Córdoba en 1504 y lo iluminaron Alonso Jimenez, Gonzalo de Córdoba, Alonso Vazquez y Bernardino de Canderroz, terminándolo Alonso de Córdoba en 1519. Existe también otro notabilísimo *Misal* en diez volúmenes, dedicado al Archiduque Alberto, Gobernador de los Países Bajos, primeramente escrito é iluminado por Juan de Salazar en los últimos años del siglo XVI y primeros del siguiente, el que además de una gran variedad de iniciales adornadas y en colores, presenta al principio del rezo de cada Santo, un asunto de su vida, que es una verdadera obra de arte. A estos dos códices españoles debemos añadir un precioso *Devocionario* del género italiano, el más rico y notable de los setenta y dos que se cuentan en esta colección y acaso el mejor de cuantos se conocen: contiene gran número de miniaturas que ocupan toda la página, y multitud de pasajes del antiguo y nuevo Testamento, y algunos profanos, repartidos en las orlas de todos los folios y hechos también á punta de pincel con admirable maestría. Según el índice, es en el que acostumbraba á rezar el Emperador Carlos V, á quien perteneció; y así está consignado en unos versos latinos, escritos en el siglo pasado, que se hallan al principio del volumen, teniendo además en el centro de las tapas, forradas de terciopelo encarnado, las armas imperiales grabadas sobre plata y con broches y cantoneras del mismo metal.

Se hallan también en esta colección algunos códices franceses, portugueses y leoneses y no pocos en italiano y castellano. De los primeros citaremos únicamente *Le Roman de la rose*, en vitela, con ilustraciones en color, y un volumen que contiene *Le Livre de monseigneur Saint Augustin de son preber de l'omé à Dieu*, *Le Disciple de sapience*, anónimo, y *Le Miroir de vraye humilité*, también de autor desconocido; es un tomo en folio, vitela, escrito por mandato de Felipe de Croy, señor de Kieuraing, en 1492, con iniciales adornadas de figuras, orlas, capitales y versales en colores y oro, y con cinco miniaturas muy bien hechas; á dos tintas y cuadradas de oro.

Entre los italianos son de notar dos ejemplares en vitela de la *Divina comedia*, del Dante, de los que uno debe ser casi contemporáneo del poeta, teniendo en las



EL JORDIG-ERU—TIPO TOLEDANO.

márgenes muchos dibujos en negro, tal vez posteriores al texto; otros dos con los *Sonetos y Canciones* del Petrarca, y otro precioso en 16.^o con las *Triunfos*, del mismo inspirado autor, con ilustraciones en colores y oro y todos tres en vitela.

De los escritos en nuestra lengua, existen varios del siglo XIII en papel, entre ellos uno con los *Libramientos y Mercedes* hechos por D. Alfonso á favor de varios personajes; del siglo XIV, tres ejemplares del *Fuero Juzgo*, uno en papel y dos en vitela; diez volúmenes con las *Leyes de Partida* del Rey Alfonso X, repetidas algunas de ellas, y de los que dos están en vitela, siete en papel y uno en papel y vitela alternados; un códice con *Las Cántigas* del mismo Rey, en vitela y epígrafes en rojo; la *Historia de los Godos*, por el arzobispo Don Rodrigo Ximenez de Rada, en vitela; y el *Ordenamiento* que hizo Alfonso XI en las Cortes de Alcalá el año 1348, y que se cree ser el mismo que mandó escribir su hijo

Don Pedro para tenerla en su Real Cámara: por último, señalaremos entre los del siglo XV, los *Comentarios á la Eneida*, por D. Enrique de Villena; los *Tres libros de la genealogía de los Dioses*, de Juan Boccaccio, traducidos al castellano, y dos ejemplares del *D. Cristóbal de Caballeros*, de Alonso de Cartagena; los cuatro en papel, con otros muchos y de gran estima que sería prolijo enumerar.

Para terminar esta reseña, añadiremos que contiene dicha librería los libros escritos en papel más antiguos que conocemos; varios en hojas de palma y algunas cartas geográficas iluminadas; completando tan rica y variada colección, un gran número de volúmenes con papeles pertenecientes á diversas Nunciaturas y Embajadas.

Si las líneas que acabamos de trazar fueran suficientes para excitar la curiosidad de algun aficionado, y ocasionaran el formal estudio que merecen algunos de

los códices encerrados en la librería del cabildo de Toledo, habríamos conseguido el objeto que nos hemos propuesto.

JOSÉ M. OCLAVIO DE TOLEDO.

ANTIGUEDADES PREHISTÓRICAS DE ESPAÑA.

Antes de dar á luz las notables *Cartas prehistóricas** con que nuestro querido amigo y colaborador D. Manuel de Góngora viene á prestar interés á las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia, apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprensión, y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

* Aparecerá la primera en nuestro próximo número.



S. A. EL REGENTE DEL REINO, DON FRANCISCO SERRANO.

La aparición de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho antes de que formulara principios generales y recibiera nombre gráfico, ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigación de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habían de dar lugar á su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ganar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traía á planos relativamente próximos las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de reconstruir los anales del globo, y nos hacía asistir á las espantosas convulsiones y las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flora y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestión. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose á las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus rastros.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscara. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes paquidermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la transformación conocida con el nombre de el diluvio, y á pesar de las más autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior á aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose en este punto de la tradición con la cual venía hasta allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debía encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparición contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra ó en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se describen algunos pedruzcos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no renovados y en yacimientos geológicos que prueban la existencia del hombre contemporáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magnífico sistema por un pedazo de piedra, con un corte ó una depresión, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encorcha de hombros ante aquella prueba, mientras los métricos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas había llegado el momento de la revelación completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Peters, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al examen del mundo científico la famosa mandíbula de las canchales de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva, y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestión se trabó una reñida contienda entre los sabios que da origen á la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunión de eminencias en diversos ramos del saber humano presididas por el célebre Milne Edwards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observación de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones que no pueden resistir á la evidencia al examinar un hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan á hacer proselitismo. Ya se fija la atención en allá, se habla, se escribe y se estudia, viniendo á coronar estos esfuerzos, suscitando sus principios, el descubrimiento de las ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilización en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar á cinco ó seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes ó parecidos descubrimientos coinciden con estos, ó los siguen muy de cerca en Italia, Alemania, Francia, Escocia é Irilan-

da, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de ciencia prehistórica á aquel nuevo linaje de estudios, y sientan los principios generales dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos.

Megalítico ó de la piedra tallada.

Neolítico ó de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose á ellos, según de su estructura, su materia ó su perfección se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos ó en terrenos que, movimientos sucesivos han contribuido á cambiar de posición respecto á la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran después de allegar los datos suficientes á echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuido á esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos á llevar su parte, no es por cierto el que menos ha conyudado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa habían hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente había llamado la atención hacia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del Sr. Góngora, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* y con la aparición de este libro España se colocó á una decorosa altura.

En otros países la protección de los gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso é ilustrado apoyo de los particulares, había permitido hacer estudios serios y dar á luz publicaciones costosas. En España un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna primero en viajes y exploraciones, y después en la publicación de una obra que entre otros méritos tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto á libros ilustrados pueda hacerse con elementos puramente nacionales.

El Sr. Góngora en este libro aporta nuevos é importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y entre otras no menos ignoradas y curiosas, describe la *Cueva de los Murciélagos*, situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes á épocas que traspasan el límite conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí, la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsos y escudos, al que se reune el hallazgo de una diadema de oro puro grosamente batido, adornos y ofrendas consistentes en caracolas, colmillos de javalí y cabezas de adormideras, prestan á las páginas del mencionado libro un interés que contribuye á aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la *Cueva de los Letreros*, y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con este más oscuro y lejano en las sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del Sr. Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito á proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base á la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encarecerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece á los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reúnen los datos para escribir la del ser colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas, sólo flotaban nombres; la historia, sentada al borde de ese oscuro abismo, teja de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado á surgir la luz. Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos ó abandonan sus túmulos: primero hemos inter-

rogado sus cráneos, que no tienen lengua para contarnos; más tarde hemos encontrado respuesta á nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los geroglíficos de Menfis. Entre tanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguridad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen á derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbeth ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan á atormentar á los que viven.»

G. BECQUER.

ILUMINACIONES DE CÓDIGES.

Decididos á hacer un especial estudio de las riquezas bibliográficas que se conservan en los archivos y bibliotecas de nuestras iglesias catedrales, y muy particularmente de las iluminaciones de los códices, tan curiosas unas por su carácter, y otras por los datos que suministran, comenzamos hoy reproduciendo cuatro, pertenecientes á algunos de la biblioteca del cabildo de la Catedral de Toledo, acerca de la cual damos en otro lugar un notable artículo, debido á persona cuyos especiales conocimientos y erudición, la hacen del todo competente para tratar este asunto.

Dos de estas iluminaciones pertenecen al *Libro de la Consolacion* de Boecio, precioso códice del siglo X y son una interesante muestra del estado del arte y el carácter de la escritura en aquella época.

El célebre bibliógrafo Ferrnín Didot, presentó en la Exposición Universal de París un códice francés del siglo XIII, que contiene así mismo la obra de Boecio y cuya portada es muy parecida.

En ésta como en aquél, la forma un grosero modelo de construcción, con carácter bizantino, cuyas piedras, columnas y capiteles iluminados de amarillo verde y rojo, le dan un aspecto extraño, y la Filosofía representada por una figura de mujer, parece inspirarla el libro al autor que se vé á un lado en actitud de escribir.

Sin duda alguna, el códice francés es recuerdo de este ó de otro semejante.

El carácter de la iluminación y el de la letra, que también pueden estudiar nuestros lectores en las primera y últimas palabras del códice que reproducimos, clasifican el códice Toledano entre los del siglo X.

Las otras dos iluminaciones que ofrecemos, pertenecen á un *Horario* del siglo XIV al XV, en cuyas iniciales y orlas, se observa el adelanto artístico de la época á que pertenecen, y en el que pueden encontrarse muchos y curiosos datos acerca de trajes, muebles y utensilios propios de la Edad Media.

GALAS DE MADRID.

UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

Y finalmente, Clavela,
Mujer que fué deshonrada,
Pida su remedio al cielo,
Que el de la tierra no basta.
(Tercer vez.—El hijo de los Leones, act. I.º, escena 1.ª.)

L.

LOPE Á INÉS.

«Inés de mi corazón,
«Antes que la envidia ladre,
«Y lastime tu opinion,
«Quiero que sepa tu padre
«Tu cariño y mi intención.
«Aunque sé que está advertido
«Y de mi amor penetrado,
«Como noble y bien nacido
«Quiero que sepa que honrado
«Pretendo ser tu marido.
«Dejar más tiempo pasar,
«Es dar ocasion de hablar
«Á los que suelen decir,
«Que nunca llega al altar
«Amor de entrar y salir.
«Y como yo salgo y entro
«Á cada paso en tu casa
«Que es de mi ventura, contro,

* Colección inédita de cuadros de costumbres de los siglos XVI y XVII, por D. Antonio Hurtado.

«Quiero salir al encuentro
«De quien murmura sin tasa.
«Y esto dicho, hermosa Inés,
«Ruégote con interés
«Que adviertas al buen anciano,
«Que esta tarde irá á las tres
«Á demandarle tu mano,
«Y en tanto que la hora llega,
«Á tu recuerdo se entrega.
«Y á tu afecto se confía,
«Alma que es tuya y fué un día
«De Félix Lope de Vega.»

Llevó esta carta un criado
Á Doña Inés de Pantoja,
Que á su vez devolvió á Lope
La respuesta en esta otra.

INÉS Á LOPE.

«Aunque yo espero también
«Que mi padre diga amen,
«Y nos bendiga ante Dios,
«Antes de hablarle, mi bien,
«Quiero que hablemos los dos.—
«Tengo en tanto tus amores,
«Y tanto tu bien respeto,
«Que, manantial de dolores,
«Guardo en el alma un secreto
«Que yo no quiero que ignores.
«En prenda de mi lealtad,
«Romperlo pretendo al fin
«Para moverte á piedad:
«Ven con toda libertad
«Esta noche á mi jardín.
«Detras de su falsa puerta
«Estaré á las doce alerta;
«Ven en la sombra escondido,
«Llama con leve ruido,
«Y tendrás la entrada abierta.
«Y si por citarte así
«Tu espíritu se acongoja,
«No sospeches mal de mí,
«Que, á tanto, sólo por tí
«Se atreve, Inés de Pantoja.»

II.

Leyó esta carta Don Félix
Con tales muestras de asombro,
Que por más de media hora
La estuvo estudiando torvo.
Gravemente reflexivo
Y severamente absorto,
Se preguntó varias veces
Pensativo y caviloso.
—¿Qué es esto?—¿Qué asunto es esto
Que así me suspende el gozo
De un amor que era mi vida
Y era mi dicha hace poco?
¿Qué secreto será aqueste
Que escondido y misterioso,
Con tal cautela Inés guarda
De su conciencia en el fondo?
Manantial es de dolores.
Segun me dice, y supongo
Que es manantial de deshonra
Cuando así salta por todo.
¿A piedad quiere moverme!...
¿A piedad de qué?—Lo ignoro.
Piedades así buscadas
Revelan culpas de á folio.
Abrirme quiere esa puerta
Para ofrecirme un coloquio.—
—¿Se habrá abierto antes de ahora
Esa puerta para otro?...
—¿Qué digo?—¿Infame sospecha!...
¿Pensamiento ruin y fosco!...
¿Por qué lascivo y liviano
Te enfangas torpe en el lodo?
Dudas de Luzbel, dejadme,
Dejadme, celos y enojos,
Que de sentirnos me indigno,
Y de escucharos me corro.
Salid de un alma que es suya,
No mancilleis su decoro,
Que la paz de su conciencia,
La lleva escrita en el rostro.
Aquella serena frente,
Y aquellos serenos ojos,
Harto claro me revelan
De su virtud el tesoro.

En vano negros recelos,
Vagais de mi amor en torno;
En aquella alma divina
No caben viles antojos.—
Mas ¿qué será?—¿Por qué quiere
Que hablemos de noche y solos?
¿No entro en su casa de día?
Y aunque á la vista de todos,
Para decirnos amores
¿Nos pone su padre estorbos?
¿Pues qué clase de secreto,
Es ese secreto ignoto
Que busca para mostrarse,
En son harto peligroso,
Noche oscura, horas de sueño,
Puerta falsa y jardín sordo?
Cuidados de esta importancia,
Recatos tan sospechosos,
¿No levantan sorprendidos
Contra el honor testimonios?
¿Pues cómo se atreve á tanto
La opinion del bien que adoro,
Citándome de esta suerte,
Siendo su riesgo notorio?
Por Cristo, que este misterio,
Empieza á volverme loco,
Que á cada paso tropieza
Mi razon con más escollos.
Sol, acelera tu curso;
Noche, acude en mi socorro,
Que para el alma que sufre
Volais con alas de plomo.—
Y guardando aquel billete
En una caja con otros,
Tomó el sombrero y la espada,
Salióse á la calle solo,
Y bajándose hasta el rio
Tardo, triste y silencioso,
Compañero de sí mismo
Y entretenido en sí propio,
Orillas del Manzanares
Fuése haciendo soliloquios,
Hasta perderse en las calles
De sus álamos frondosos.

III.

Llegó la noche por fin
De leve sombra cubierta;
Sonó el lento retintín
De un reloj: se abrió una puerta
Y Lope entró en un jardín.
«Pasa,» con voz argentina
Exclamó en son de congoja
Una mujer peregrina:
Y harto claro se adivina,
En ella á Inés de Pantoja.
Temblándole el corazón
Entró Lope en tal mansion
Siguiendo de Inés la huella:
¿Qué mucho si entraba en ella
Como penetra el ladrón!
Tomóle Inés de la mano:
Cruzó un breve laberinto
Obra de su padre anciano,
Y en un cenador galano,
De amor precioso recinto,
Dijo Inés: «Siéntate ahí,»
Mostrando un banco de piedra,
Que escueto se alzaba allí,
Entre ramas de alhelí,
Y entre festones de yedra.
Sentóse en el banco aquel
Lope preso de un temor
Desconocido y cruel;
Que al par luchaban en él
Las dudas con el amor.
La noche estaba serena,
La estancia grata y amena
Cargado el viento de olores,
Y el jardín lleno de flores
De albaca y de yerba-buena.—
Y dulce, mansa y riente
Cual sonora catarata
Que da frescura al ambiente,
Quejas lanzaba una fuente
Deshecha en trenzas de plata.
El apagado rumor
De la arboleda sombría;
El canto murmurador
Que á lo léjos repetía
Un amante ruiseñor;
El cielo, la oscuridad,

Esa triste vaguedad
Y esa misteriosa calma
Que llenan de encanto el alma
Y de amor la soledad,
Todo, en un cuerpo fundido
Hablaba al placer dormido
Con encantado embeleso,
Que era allí todo ruido
El perpétuo son de un beso.
¿Lope amante, Inés allí,
Él sentado, ella á sus piés,
Los dos soñando entre sí
Con amante frenesí
Sueños de eterno interés!
Lope mudo, ella callada,
Él absorto, ella turbada,
Enviándose en mútuo giro,
Mirada tras de mirada,
Suspiro tras de suspiro!...
¿Ay!—Presintiendo un pesar,
Ambos ansiaban decir
Sin acertarlo á expresar:
—Lope, yo no quiero hablar!...
—Inés, yo no quiero oír!...
Mas ¿qué importaba el concepto,
Si adivinado el intento
Los dos silencio guardaban,
Y en el silencio se hablaban
Con la voz del sentimiento?
¿Rara intuición del amor!
Todo allí les sonreía
De placer embriagador,
Y sin embargo, el dolor
Dentro de los dos gemía.
¿Qué genio rompió la raeda
De aquella doble fortuna
Que un instante estuvo queda
Debajo de una alameda
Y en una noche sin luna?
—¿Quién lo sabe? Tornó en sí
Lope, y dijo: «Hablemos, pues,
Que si seguimos así,
No es fácil, amada Inés,
Que sepa á qué vengo aquí.»
En mil rizos abundosa,
De su pura sien despojos,
Alzó Inés la frente hermosa,
Y con habla temblorosa,
Perlas vertiendo sas ojos,
Respondió á su amante así,
Mal reclinada á sus piés:
—Lope, olvidate de mí,
Olvida el nombre de Inés,
Que Inés no es digna de tí.—
Calló Inés dando un gemido
A esfuerzo tan soberano,
Y Lope en el alma herido,
Gritó lanzando un rugido
Puesta en la daga una mano.
—¿Mi amor has vendido?

—¿Ah! No,

Gritó Inés con voz doliente,
Que siempre honrada fui yo:
Alguien mi honor mancilló
Pero soy, Lope, inocente.—
Revelada al fin la clave
De aquel misterio escondido,
Lanzó Lope un grito grave,
Como aquel que arroja el ave
Que ve deshecho su nido,
—Lope mío, vuelve en tí,
Gritó con voz mortuoria
Inés ya fuera de sí;
Y él dijo: ¡triste de mí!...
¿Porqué has matado mi gloria?
Y fatigoso y doliente,
Lleno de airado despecho,
Quiso arrancarse inelmente,
Toda ilusion de su mente,
Y todo amor de su pecho.
Y ambos con hondo pesar
Sin poderlo resistir,
Murmuraron á la par:
—«¿Si yo no he debido hablar!»
—«¿Si yo no he debido oír!»—
Y despues de este clamor,
Se apagó todo rumor;
La noche en calma seguía:
Sólo á lo léjos se oía
Querrellarse á un ruiseñor.

(Se concluirá.)



PORTADA DEL "LIBRO DE LA CONSOLACION" DE BOECIO.
CÓDICE LATINO DEL SIGLO X. (DE LA BIBLIOTECA DEL CABIDO DE TOLEDO).

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

EGLOGA CONTEMPORANEA

POR

LUIS DE EGUILAZ.

I.

EN PROBLEMA SOCIAL.

La manera de crear riqueza y de distribuir el producto creado entre el capitalista y el trabajador, es el problema del siglo XIX, en cuya resolución se han estrellado los más eminentes economistas y hombres políticos, llegando, por efecto de mil circunstancias que no son de este lugar, á convertirse en la gran cuestión social de la época. Muchos años serán pasados, y aún este vital problema no habrá sido resuelto por los sabios que se agitan en los círculos filosóficos de las grandes capitales europeas; pero yo sé de un lugar de Andalucía en que el amor de una aldeana y un aldeano le ha dado desde hace ya algunos meses la solución más completa, y para ejemplo de algunos y enseñanza de todos, voy á comunicaros el cómo en breves renglones.

II.

MELITA.

Que Manolita Gonzalez, ó Melita, como en el pueblo la llamaban, según unos sacando este diminutivo del nombre Manuela, según otros por sus palabras de miel, era la muchacha más bonita de Valdesuno, y de diez leguas en contorno, cosa es que me atrevo á asegurar bajo

palabra de honor, fiado en el testimonio de mis ojos y en el de los mozos de toda aquella comarca. Pero los mismos mozos que por testigos citados dejó, y aun las mozas, y los que no eran aún ó habían ya dejado de ser mozas y mozos, dudaban al asegurar si era más bonita que graciosa ó más graciosa que bonita, y no sabían á punto fijo si daba más gusto verla que oirla, ó oirla que verla.

No es extraño que unos lugareños de Andalucía anduvieran perplejos en caso tal, cuando nuestro gran dramático Calderon de la Barca creyó asunto digno de su pluma resolver problema parecido en su comedia *¿Cuál es mayor perfección, hermosura ó discreción?* Melita reunía ambos dotes, aun cuando no tenía un cuarto para formar el suyo, y así se llevaba á los mozos de calle con su buena cara, como enamoraba á los ancianos por lo modosa; y lo mismo atraía á las muchachas con sus agudezas y decires, que á los niños y niñas con sus cuentos y chascarrillos, de los cuales poseía inagotable mina. Melita, por lo demás, ganaba su vida haciendo encajes, habilidad que adquirido había en una corta temporada que residió en Almagro, donde de antiguo moraban cercanos parientes de su madre, que era, según mis noticias, paisana de D. Quijote.

Tuviera ó no parientes en la Mancha, en el pueblo no se le conocía ninguno, á no contar por tales, en razon al cariño que le profesaban, una gata como un carnero conocida vulgarmente con el nombre de Tecla, y un mazorcón como un burro que contestaba meneando el rabo al apodo de Lobillo, únicos seres vivientes que con ella habitaban un caserón enorme y ruinoso, situado en el punto más solitario del pueblo.

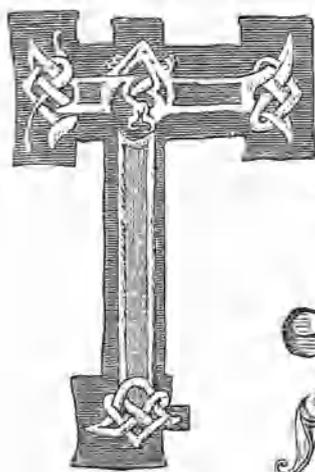
Esta casa, que ningún producto rendía, era no obstante el único patrimonio que á Melita habían legado sus padres; pero á pesar de su pobreza, su soledad y sus diez y ocho años, nuestra encajera daba cada día calabazas á un pretendiente, habiéndose negado á aceptar la mano del mayorazgo del inmediato lugar de Torre-Flores, que tenía más onzas de oro que granos de trigo producían las tres mil fanegas de sembradura de su cortijo. Si á pesar de sus diez y ocho años y de vivir tan sola y de no tener sobre qué caerse muerta, Melita no había puesto buena cara á rico ni á pobre de las cercanías, no era que tuviese vocación de monja, que en el mundo andaba, y no lejos del lugar vivía, cierto Pedro Fernandez, que dar pudiera testimonio en contrario.

III.

PERICO FERNANDEZ.

Perico Fernandez, gran jornalero y hombre que se bebía las faenas del campo, si no podía pasar por un Adonis, que esos no hay que buscarlos en las aldeas, era lo que se llama un buen mozo, y más que eso un mozo honrado á carta cabal, á quien podía fiarse oro molido, según la gráfica expresión de nuestros lugareños. Perico era un muchacho que frisaba en los veinte y cinco, que había servido al rey, y que mereció á hazañas increíbles, de que eran buen testimonio seis cruces ganadas en el campo de batalla y otra de beneficencia obtenida cuidando soldados en un hospital de coléricos, había obtenido antes de tiempo la fianza absoluta, prefiriéndola á ser cabo y sargento y aun á ascender á alférez, por volverse á su aldea á cavar viñas y á ver á Melita, su única afición en la tierra, porque con ella se había criado, y como ella, era huérfano y solo en el mundo.

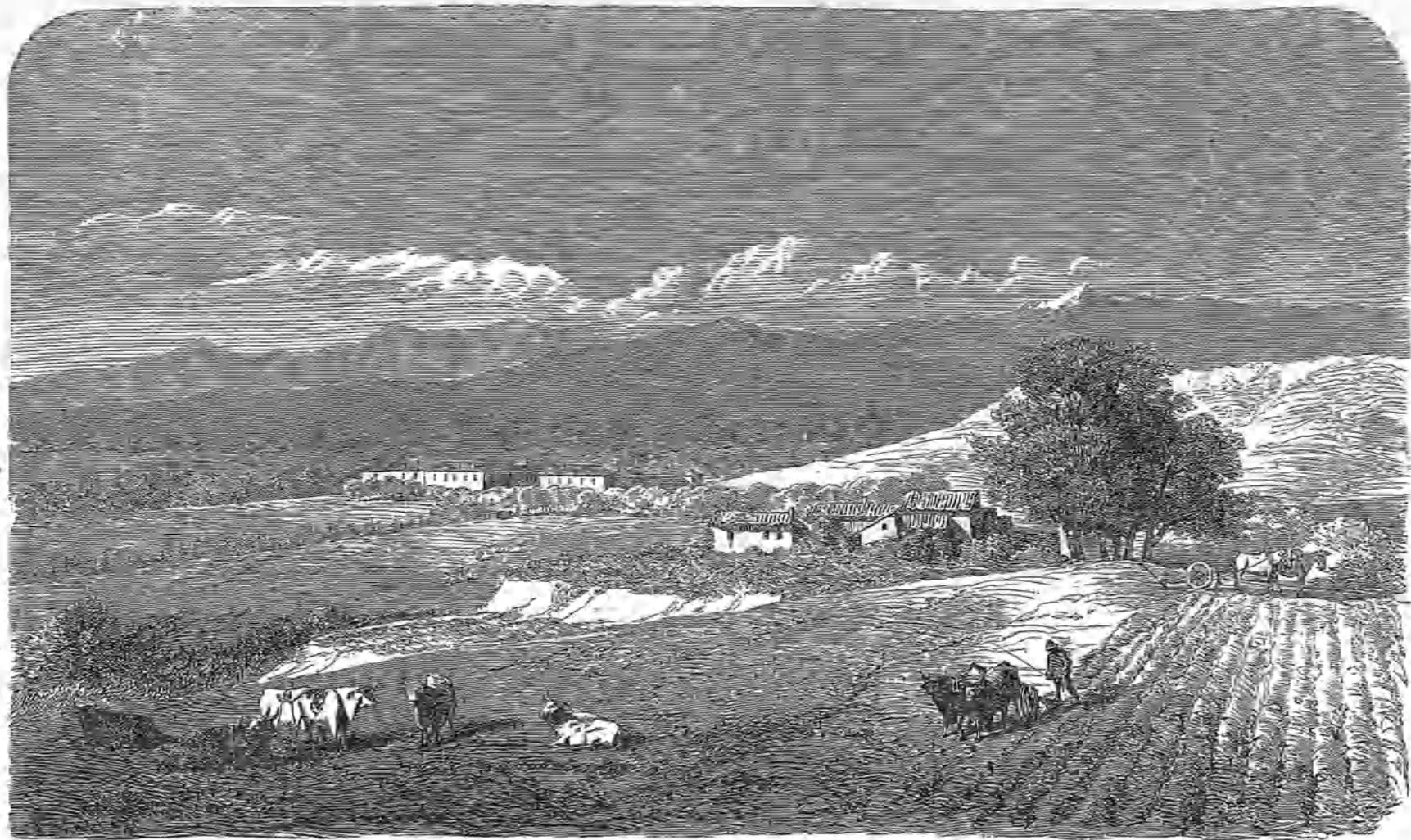
Siendo mi héroe cavador de oficio, ya podían los lectores figurarse que un día señor de grandes haciendas; sin embargo, como no nació hijo de las yerbas, sino de padres honrados, descendientes de antiguos vecinos de Valdesuno, poseía en los alrededores de la aldea una soberbia choza con honores de casa, aneja á la cual tenía por añadidura tres fanegas de buena tierra con cerca de las mejores, donde sus antepasados, más ricos que él, vivieron y murieron.



EMPORETE
ODORICIREGIS

EXPLICIT FELICITER

A M EN



ESCUELA DE AGRICULTURA DE MADRID.

Estas tierras habían sido en otro tiempo de regadío, de lo cual daba testimonio un artificio casi destruido para sacar agua de un profundo pozo, que cerca de un ángulo de la heredad había; pero no bastando las cosechas de la finca para sufragar el gasto que las malas en

árboles no llovía, de lo cual se deduce que siendo un pueblo puramente agrícola, sin más industria que los encajes de Melita, la mayor parte de los años su cosecha era ménos que regular, y por lo tanto de día en día se iba haciendo más pobre y despoblado.

Una gran parte de su término estaba formada por largas, tristes y insalubres marismas, que si bien daba al vecindario bastante caza, no producía en cambio más que almarjos, corpulenta planta que crece en los terrenos salitrosos, que anuncia su esterilidad y que, como todo Valdesuno tenía sabido, no sirve para maldita de Dios la cosa. Otra parte, aunque pequeña, del territorio valdesudenense, que se elevaba con pereza en colinas de escasa altura, estaba poblada de viña; pero sus propietarios, que tiempos atrás sacaban de ellas esquisito vino, habían desde hace algunos años renunciado á esta industria agrícola, contentándose, por efecto de la miseria y abyección en que yacían, con vender la uva á sus vecinos de Torre-Flores, de cuyos lagares salía, merced á esto, un mosto de primera, que convenientemente añejado, pasaba á los estómagos ingleses bautizado, sino con agua, con el nombre de Jerez.

Con el producto de sus avas, con un poco de trigo, que en las tierras de pan llevar cogían algún año que otro, y con algunas cabezas de ganado, que en verano lamían el suelo salitroso de la marisma, y en invierno se regalaban en unos vecinos palmáres, vivían los habitantes de Valdesuno una vida soñolienta y pobrísima, que en cualquier país se hubiera calificado de miserable, y en el nuestro se llama *pasadero*.

Cuando tras de un invierno seco sobrevenia un verano caluroso, el campo se llenaba de grietas y la atmósfera de polvo, no pudiendo apeñas los hombres y los animales satisfacer la sed con la escasa cantidad de agua,

que en cubas y á brazo se sacaba de los pocos pozos dulces que se habían abierto en el pueblo y sus contornos; razón por la cual la situación de la numerosa arriería y grandes rebaños, que diariamente cruzaban en esta época, del año la carretera, solía ser aún peor que la de las caravanas que atraviesan el desierto.

Por lo demas, Valdesuno era una aldea excelente, que pagaba sus contribuciones al Estado en seguida que llegaba el tercer apremio, y que en tiempo de elecciones se desquitaba de su sed ordinaria bebiendo con fruición el vino que durante tres días prodigaban los candidatos á los electores.

V.

MELITA Y PERICO.

—Melita, decía Perico á su novia volviendo un domingo de las eras; ya sabes que te quiero y ya sé que me quieres; puesto que por mí has dado calabazas al mundo y sus arrabales; Melita, tú estás sola y yo estoy solo, como el ciprés del cementerio, y una golondrina no hace verano; pero dos sí: Melita, mientras yo te viva no ha de faltar quien te lo gane, que si hay un jornal en Valdesuno, ese es para Perico Fernandez, porque trabaja con fé; Melita, por tí he dejado el servicio, prefiriendo cavar viñas á ser cabo, y sargento, y oficial y aun general y Regente como lo fué uno de Granátula; Melita, vámonos á ver al cura y Cristo con todos.

—Perico, tú eres un tonto; tú no lo entiendes, Perico.

como dice una comedia que vi en Almagro, contestó la encajera sonriendo: Perico, ni por tí ni por mí me da cuidado la pobreza; que pobres somos y vivimos, y mejor viviríamos juntos que separados; pero me asusta por los que puedan venir. Mira lo que en el pueblo pasa: se caazan dos pobres, y al momento se llenan de chiquillos, y como con lo que se gana no hay para todos, todos



OFICIAL DE UN HORARIO, CÓDICE DEL SIGLO XIV AL XV.

sacar agua empleadas producían, abandonóse la noria en tiempos del abuelo de nuestro héroe, y convirtiéronse las tres fanegas en heredad de secano, que sólo rendía algún trigo en los años en que á Dios placía derramar sus lluvias sobre una comarca abrasada, de la que las nubes parecían huir.

Esto no obstante, si Melita quería á Perico, más quería Perico á Melita.

IV.

VALDESUNO.

Es cosa corriente en España que los rios sólo han sido creados para llevar su contingente de agua á la mar; y de nada nos ha servido que nuestros padres del desierto, al ser arrojados por nosotros al Africa, dejaran en nuestro suelo vegas de Granada y huertas de Valencia y Murcia, que al que no quiere aprender poco le sirvan los ejemplos. Nadie extrañará, pues, que cuando pueblos que tienen el río á la puerta de casa no piensan en dar de beber á sus sedientos terrenos, no pensase Valdesuno en ir á buscar el riachuelo más cercano que entre juncos, adelfas y espadañas se deslizaba hacia el Guadalquivir á algunas leguas de distancia. Esto sentado, como en Valdesuno no llovía, no había árboles, y como no había



OFICIAL DE UN HORARIO, CÓDICE DEL SIGLO XIV AL XV.

tienden hambre, y si el padre falta, los hijos se quedan reducidos á la clemencia del cielo y de las buenas almas; Perico, yo no me casaré con hombre que tú no seas, porque tú has de ser mi esposo y otro ninguno no; mas ni contigo quiero casarme mientras no esté segura de no ver á los hijos que Dios me manda, como veo á los que ha mandado á otros, descalzitos y desnuditos y sin pan que llevar á la boca.

—Si se andaviera uno en esas cavilaciones, ¿quién se casaría?

—El que pudiera, hijo.

—Donde comen dos, comen tres.

—Sí, Perico; y donde dos ayunan, ayunan veinticinco.

—¿Es decir, que no quieres casarte?

—Sí, Perico, y cuanto antes mejor; pero ha de ser con el conque de que esté llena la alcancía.

—Y con el jornal que se gana, ¿cómo quieres que la llene, Melita?

—Estudia, Perico, estudia, que otros más pobres que tú se han hecho ricos.

—Pero, mujer...

—No me hables más de eso. Si no me caso contigo, me quedará para vestir imágenes y me enterrarán con palma. ¡Por la Virgen de Consolación te lo juro! Pero en tocando á casarnos... ahora, tú en tu casa y yo en la mía y Dios en la de todos.

—¿Y qué quieres que me haga si me estoy muriendo por tus pedazos?

—Estudia, Pedro, estudia.

—Pero ¿en qué libro?

—Mira, Perico; ¿ves aquellas viñas que se entiendan allá arriba?

—Ya las veo.

—Pues esas las plantó mi abuelo, y con ellas se hizo rico, y yo lo sería sin la guerra del francés, que arruinó á mi padre.

—Pero yo no tengo tierras, ni dinero para plantar viñas.

—¿Sabes la historia de esas? Pues mira, Perico. Mi abuelo se quedó pobre y huérfano, como nosotros dejaríamos á nuestros hijos si nos casáramos ahora y nos muriéramos jóvenes. Recogiólo el tío Juan el Rosariero, hermano de su madre, que vivía de hacer rosarios y vender romances y relaciones por todos los pueblos de la comarca, y que gozaba fama de ganar mucho dinero, y de ser avariento y de tenerlo enterrado. Cuando le llegó su última hora, llamó á mi abuelo, que ya era mozo, y le dijo: «Mira, muchacho; tú habrás oído decir que yo entierro el dinero y habrás oído la verdad: lo que tengo es para tí; pero con las ansias de la muerte que siento, no puedo acordarme del lugar preciso en que lo he enterrado. Sabes que compré cincuenta aranzadas de tierra de albariza para plantar viñas, cosa que no he realizado; pues bien, en esas tierras tengo enterrada dentro de una gran tinaja la fortuna que te dejo, y que bastará á hacerte el más rico del lugar; no recuerdo el sitio, pero sí que el escondite está á una vara del suelo: en el arca encontrarás algunos miles para mantenerte hasta que des con él y aun para mucho más: cava á una vara de hondo, partiendo del pueblo á la marisma, así que yo cierre el ojo, y darás con el nido.» Y así diciéndole se fué al otro mundo. Mi abuelo, pasados algunos días, abrió el arca y encontró un bolsillo bien repleto, que volvió á guardar, y echándose al hombro la azada, se fué para la albariza de su tío. Cavó muchos días, cavó meses enteros á destajo á una vara de profundidad sin encontrar nada, y casi no le quedaba tierra que remover, porque ya tocaba á donde ahora está el último liño de cepas y empezaba á dudar de las palabras del difunto, cuando el hierro tropezó con la tinaja. «Aquí está el gato del abuelo, dijo el que lo fué mio; ¿qué vida me voy á dar! Y redoblando sus esfuerzos descubrió la tinaja, que esperaba ver llena de onzas y que sólo contenía una cajita de madera, dentro de la cual halló un papel que decía: «Cuando llegues á encontrar esto, habrás cavado las cincuenta aranzadas de albariza; plantadas de viña, lo cual te es ya fácil, y serás el más rico del pueblo, que es lo que te había prometido: esta es la fortuna que te dejo, porque nunca he tenido otra.» Estudiando esta artimaña hizo rico el tío Juan el Rosariero á mi abuelo; estudia tú algo con qué dejar pan á tus hijos, y entonces hablaremos de casaca.

Perico, preocupado, no contestó; pero entre dientes balbuceaba:

—Ea verdad. Estudia, Pedro, estudia.

—Oye, Perico; una vez que mi abuelo plantó la viña, para lo cual le bastó el dinero que en el arcon le dejó su tío, se dió á cultivarla con ardor. A fuerza de trabajo logró que diera grandes productos, y entonces edificó la casa en que vivió con sus lagares y su alambique, que

hoy están abandonados, y no sólo se enriqueció, sino que, comprando á buen precio la nva de todo el lugar y dando trabajo á todos, hizo de Valdesuna un pueblo rico. Lo que fué mi abuelo entonces, quiero que tú seas ahora; tango diez y ocho años, tú veinte y cinco; cuando pasen cinco más, yo haré veinte y tres y tú treinta; aún seremos jóvenes y aún nos quedará tiempo de vivir juntos, porque si somos buenos moriremos viejos. Lo que no se hace en cinco años no se hace en toda la vida: cinco años tienes por delante, Pedro: estudia, que yo no me descuido.

—Cómo, ¿que tú no te descuidas?

—Que no me descuido te digo, y basta, y no andes mucho conmigo, que ya se sabe que por ahora no nos casamos y no quiero dar que hablar.

—Pero ¿es posible que seas tan terca?

—Dentro de cinco años hablaremos.

—Pero entre tanto, ¿me darás la conversacion de noche por la ventana?

—De noche voy á enseñar á hacer encajes á todas las muchachas y niños del lugar.

—¿Te vas á meter á maestra de amiga?

—Pedro, estudia, y no me calientes la cabeza, que yo no me descuido. Ea, adios.

—¿Pero así te vas? ¿Sin decirme nada?

—Nada te digo, sino que te quiero, y que cuando vengas de hácia la marisma, me traigas siempre una buena brazada de almarjos.

(Se continuará.)

DESDE LA SOLEDAD.

SONETOS.

I.

¡Madre naturaleza!... Yo que un día
Prefiriendo mi daño á mi ventura
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer había;
Vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes,
En tí la eterna juventud reparte;
Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes
Y tus ojos los anchos horizontes!...

II.

Más precio en esta valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,
Despertar cuando el áura matutina
Las copas de los árboles menca;
Y al volver de mi rústica tarea
Ora en la tarde cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,
Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;
Y así robando al péndulo un segundo
Para hender los finitos horizontes,
Sentir la nada al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda unruiseñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia;
Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante requerido,
Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia:
Las horas de la noche una tras una,
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna...
Y en esta soledad, el alma mía
Goza sin desear cosa ninguna
De su quieta y feliz melancolía.

IV.

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda del Ynsta recogido?
¿El quiso relegarlas al olvido
Y ellas empobrecían sus entrañas!
Suale el que nace humilde en las cabañas,
Huir su techo y olvidar su ejido,

Por el lucro del mar embravecido,
Por el precio de sangre en las campañas;
Mas el recto varon que honró su historia
Sin codiciar fortuna envilecida
Ni envidiar de los Césares la gloria,
Un apartado albergue le convida
A esperar sin tormento en la memoria,
La breve muerte de su larga vida.

V.

Ayes de hembra y lloro de nacido;
Duelos de viuda y queja de cuidados;
De la vejez y el hambre ecos cansados,
Que cesan cuando espira el adigido.
¡Nacer!... ¡Vivir!... ¡Morir!... Llanto y olvido;
Los siglos son sepulcros numerados
Que guardan los que fueron, ya olvidados,
Cual si no hubiesen en el mundo sido.
Si el corazon es péndulo que advierte
Con vaiven de dolor, que á la existencia
Sólo enjuga las lágrimas la muerte,
¿Dónde en tropel lanzado á la inclemencia
Río de Humanidad, vas á perderte
Si no es tu mar la Santa Providencia?

ANTONIO ROS DE OLANO.

ESCUELA DE AGRICULTURA.

El establecimiento público de enseñanza que con este nombre se encuentra en las inmediaciones de Madrid, es más importante por su objeto y la posición favorable que ocupa, que por las condiciones del edificio, que realmente no ofrece cosa que de notar sea, ni bajo el punto de vista del arte, ni considerado como fábrica levantada de propósito para modelo de construcciones rurales, con todas las dependencias y la disposición propia para las faenas del campo.

Nos proponemos publicar en lo sucesivo artículos y grabados acerca de los más importantes ramos, inventos y progresos de la Agricultura. Ocasión tendremos entonces de tratar con mayor detenimiento del centro de enseñanza que hoy nos ocupa.

UN RECUERDO.

Cerca de mi casa, cuando yo vivía en Lisboa, se elevaban las ruinas de Santa Engracia, acerca de las cuales los lectores me agradecerán que les cuente una tradición, que es la siguiente:

Aquello que hoy es un edificio sin acabar, que ha sido convento, castillo y prision de Estado, era en otro tiempo, la honesta mansión de unas pobres monjas que pasaban el día incensando á Dios con sus oraciones y la noche soñando con Él. ¡Feliz tiempo de amores platónicos en que todas repetían el sabido soneto de Santa Teresa:

No me muero, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me muero el infierno, tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.

Pero entre todas las palomas blancas que se crían en una torre, alguna puede nacer con una mancha negra en el ala y tener el corazon demasiado sensible; ¿quién se atreverá á decir que sea una mancha?

Una monja había errado su vocacion y sus padres la habían desconocido. Metieronla en el convento sin consultar á su alma ni á sus ojos.

Era hermosa, tenía talento, tenía un alma de fuego; había nacido para el amor, y en la celda, se encontraba como el águila en la jaula. Un caballero la vio á través de la reja; sus ojos se hablaron; sus corazones se comprendieron; al día siguiente, tuvieron una cita, venciendo él y venciendo ella dificultades que parecían invencibles.

La luna sólo alumbraba sus sacrilegos amores, (si es posible llamar sacrilegos á los amores que inspira Dios.) Unos ladrones robaron una noche algunas alhajas de la iglesia del convento, mientras estaban hablando los dos amantes.

Nunca llegó á saberse quiénes fueron.

Poco importa para la historia, consignar en sus tablas de mármol los nombres de dos ó tres criminales; mas demasiados tiene apuntados en ellas.

La justicia, que nada había previsto, se escandalizó cuando supo el robo: hizo indagaciones; averiguó que el caballero había pasado una noche por delante del convento y le atribuyó el robo.

En cierto tiempo, pintaban á la Justicia en Francia

con una venda en los ojos y sin corazón. Siempre es lo mismo.

El caballero fué encarcelado, y como no podía confesar á qué iba á las altas horas de la noche al convento sin comprometer á la monja, su dama, es decir, sin dejar de ser caballero, se le condenó.

Y se le condenó á muerte.

Estando en la capilla, quiso, sin revelar á los que le rodeaban el secreto de sus amores, advertir á la monja que aun en sus últimos momentos no le abandonaba su recuerdo.

No tenía de qué disponer, sino de un cesto de frutas que un amigo le había enviado.

Escogió dos melones entre lo que había en este cesto, y se los envió diciéndola: «O callado es ó melior.»

En tanto, la monja estaba desesperada y dispuesta á confesar su falta, por tal de salvar á su amante.

Pero al recibir el regalo, creyendo que era un aviso, selló sus labios, y el pobre caballero fué conducido al patíbulo sin que le valiera gritar «soy inocente.»

Iba por el camino, ó mejor dicho, por la calle de la Amargura, gritando: «Tan cierto es que soy inocente, como que nunca se acabarán los muros de Santa Engracia.»

Y la verdad es que nunca se han acabado, y que los portugueses respetan esta tradición como un ara sagrada á que no es permitido tocar.

En cuanto á la monja, la tradición nada dice.

Moriría de vejez ó de pena.

Busque el lector, si gusta, una conclusión más romántica, ó en *El Capitán Montoya*, de Zorrilla, ó en las baladas de Víctor Hugo.

CARLOS RUBIO.

TEATROS.

Un recuerdo á Moreta.—*Trampa adelante*.—*Dos tonos de capirote*.—*Los hijos de Adán*.—Espectáculos bufos y otras desgracias.—Promesas para mañana.

Tiempo triste, mez azaroso é infausto, para el que ha de regalar, llamaba Moratin á este tiempo de presentes y de agüaldos, y desearia yo saber cómo lo hubiera titulado el célebre Inarco Celenio, refiriéndose á los que tienen el ingrato oficio de criticar las obras ajenas.

Algo más que triste, algo más que azaroso, es la situación de quien, decidido á escribir la verdad, examina las novedades con que obsequiar suelen en tales días á sus favorecedores las empresas de nuestros teatros; novedades que, si no se distinguen por el mérito del pensamiento esencial, distingúense comunmente menos por la belleza de su forma.

Es uso ordinario, consagrado ya por la práctica, el de presentar en estos días de regocijo bullicioso y de general contentamiento funciones especialísimas y que—con el fin determinado de distraer al público—ó con otro fin, ménos filantrópico bien que más positivo, escribe tal ó cual poeta, favorito de esta ó de aquella empresa. El público llena todas las localidades, ríe á mandibula burlante y torna á sus hogares como un bienaventurado, sin darse cuenta de lo que ha visto, y con el firme propósito de volver á divertirse del mismo modo en las Pascuas venideras.

Y qué podrá exigirse mérito literario y belleza artística á las obras escritas con tan humildes aspiraciones? No he de contestar á esta pregunta: contéstela el lector discreto como lo tenga por conveniente; de mí se decir que siempre me ha parecido un verdadero abuso, no me atrevo á llamarlo crimen, ese menosprecio, ese desdén hacia un público, digno como todos de respeto, y, más que todos, digno de consideración por lo mismo que sólo en días solemnes es permitido el lujo de asistir al teatro, por lo mismo que las impresiones en él producidas han de ser más duraderas; creo, sin embargo, que esta opinión mía no ha de variar en un ápice la conducta de los escritores, ni la marcha de los empresarios y pongo aquí por eso término á estas reflexiones preliminares.

Dentro de mi cabeza bullen ahora en confuso montón, mezcladas y ravueltas entre sí, comedias, zarzuelas, obras de todas clases, y al de ordenarlas frato, atropéllanse con violencia *El Rey Midas* y *Faustito*, como si anhelaran exhibirse antes que *Dos Tontos de Capirote*, y vienen en paz de ellas; por el un lado *Los Hijos de Adán*, por el otro el *Viaje económico de Madrid á Biarritz*; surge aquí *El Niño de Noventa años*; aparece allí *Matar dos pájaros* y, para que el conjunto sea más espantoso, aún siento resonar en mi oído los ecos de cierta música de Herbe y de otra música iniertra de Rogel en amigable concierto con los deliciosos acordes de panderos, rabeles y almireces, que forman orquesta

característica de la época en este pueblo esencialmente religioso y esencialmente católico y bullanguero.

Apacible y deseado reposo proporciona al espíritu, en medio de esta algarabía el recuerdo de *Trampa adelante*, comedia de Moreta y Cabaña, que, si no es de las mejores de su insigne autor, tienen como todas las suyas, ingenioso enredo, situaciones graciosas é intencionados chistes. *Trampa adelante* ha proporcionado á Mariano Fernandez legítima ocasión de lucir sus condiciones envidiables. Acaso la elección de la obra hubiera podido ser más apropiada; pero, después de haber asistido á otros teatros, el espectador imparcial se ve obligado á dar un aplauso á los actores del Teatro Español.

Entiéndase que este aplauso no ha de hacerse extensivo á *Dos Tontos de capirote*, fin de fiesta demasiado largo, y con sus puntas y ribetes de insulso y de incoloro, en cuyo desempeño Mariano Fernandez y Cipriano Martínez, arranean (esta es la palabra) algunas carcajadas á puro hacer atrocidades; no de otro modo los payasos (clowns, que decimos ahora) logran tal vez, después de tentativas infructuosas, de dialocaciones violentas y de ridículas contorsiones, que un gesto ó un movimiento inesperado excite la hilaridad del espectador. Existe, y es bien que así sea, existe repito, una línea divisoria que separa al teatro de la arena, la obra dramática de la pantomima, el cómico del histrion, y esa línea ni debe ser traspasada por el poeta, ni ha de pisarse siquiera por el artista de buen gusto.

Y no se juzgue olvido mi silencio voluntario con respecto á otras dos obras representadas en el Teatro Español.

El autor del arreglo *Todos al baile* es un poeta muy justamente querido por el público: no hay razón alguna para dirigir cargos severos al autor de *D. Tomás* y de *Las dos hermanas*. *El Niño de Noventa años* es una comedia cuyo argumento no he conseguido entender del todo, aunque muy de veras me lo ha propuesto: si he visto que Valero representa de un modo inmejorable el carácter de viejo chocho, y esto, ¿para qué he de mentir? esto me lo sabía yo hace mucho tiempo.

Quiero confesar, sin embargo, que en la comedia se vislumbra, muy nebuloso, un excelente asunto para un drama sentimental; acaso resultaría parecido al de la *Urraca ladrona*; pero, aparte de eso, el drama podría ser bueno: la comedia no lo es en verdad, entre otras cosas, porque no se acaba; pues no es acabar una obra, poner punto allí donde el autor lo tiene por conveniente; y es la verdad que hay en la tal comedia unos amores—no muy castos por cierto—que se quedan como se estaban y aun algo peor.

No adolece de este defecto *Los Hijos de Adán*: no, ciertamente: cuatro enamorados, ó para mayor claridad, dos parejas de enamorados hay en la obra de Larra, y el público—después de haber adivinado desde el acto primero que acabarían por casarse—tiene la satisfacción de ver que en efecto, su ingeniosa profecía se realiza en todas sus partes.

En *Los Hijos de Adán* hubiera sido excusable lo que no lo es en *El Niño de Noventa años*; ¡lo que son los contrastes! En esta última nada puede adivinar lo que ha de suceder á los amantes y el autor lo calla; en la primera todos lo conocen desde el principio, y el autor lo dice. ¿Qué diversidad de miras! y ¡qué oportunidad de desenlaces!

Prescindiendo del placer inocente, y aun infantil, que el público se proporciona á sí mismo lisonjeando su amor propio cuando después de varias escenas que—pegadas unas á otras—forman tres actos, ve realizarse punto por punto, y conforme lo había previsto su perspicacia, dos acontecimientos graves, debó decir que el título *Los Hijos de Adán* me parece excesivamente modesto. Si, lo es: *Los Hijos de Adán* es un título que revela cierta generalidad, que tiene extensión bastante para abarcar lo común, lo ordinario: *Los Hijos de Adán*, en una palabra, son los hombres, todos los hombres, el vulgo de los hombres; y, por Dios, que los personajes de la comedia están lejos de ser vulgo: originales, y muy originales son, tanto, que con dificultad podríamos encontrar otros parecidos, aunque para lograrlo visitásemos una por una todas las casas de Sevilla. *Dos Hijos de Adán* debería llamarse la comedia: *Dos hijos de Adán*, pues dos son los notables que aparecen en la obra.

Otros dos hay, el primero antiguo conocido nuestro, á quien hemos visto en *Marcela ó á cuál de los tres*, con el nombre de D. Agapito; el otro es un tío, que además de serio, se asemeja á los tíos de todas las comedias, porque no parece sino que nuestros autores tienen ya corchado su patron para todos los tíos posibles.

Pero volviendo á los sevillanos, (porque los novios son de Sevilla) este par de hijos de Adán han hecho juramento de aborrecer á las niñeras por no sé qué desagüños que han sufrido juntos con la amante de un carbo-

nero.—esto es algo osento—y basta decir que han jurado no amar, para comprender que aman inmediatamente.

Ellos si toman bien sus precauciones: tan bien las toman, que siendo—según dicen por allí—listos y de chispa, parecen estúpidos y sin rudimentos siquiera de buena crianza. Para huir del amor, no es necesario ser grosero, ni decir sandeces, ni guardar silencio cuando una señora nos pregunta algo, ni hacer, en fin, otras cosas que, con toda la formalidad posible, hacen los sevillanos.

Y caen, á pesar de todo, ¡pues no han de caer si tienen que habérselas con dos señoritas que son el reverso de la medalla! Sí, sí, ¡ya dejarán ellas de conquistarlos, aunque para conseguirlo hayan de faltar á las más triviales reglas de la conveniencia y del decoro.

Esta llama *memo* á su víctima; aquella le coje por los faldones cuando trata de huir de ella: la una le da á besar la mano; la otra le obliga á darla el brazo; al cabo, ¿qué ha de suceder? Los pobres hombres no pueden resistir á tan delicadas seducciones y se casan.

Antes de emplear sus ingeniosos y al propio tiempo cultos ardidés, las niñas han escuchado, detrás de una puerta, la relación que, de sus desgracias con la carbonera hacen los jóvenes: esto las decide y desde entonces, la acción se desenvuelve, repartida con suma equidad, entre las dos parejas.

En una escena, la hermana mayor declara su atrevido pensamiento al más viejo de los dos amigos.

En otra, la menor se lo declara al más joven.

En la siguiente, la mayor repite sus tentadores halagos.

En la otra, la menor repite sus halagos tentadoras.

Y... así sucesivamente, en constante alternativa, hasta la consumación, no de los siglos, sino de la comedia, aunque hasta la de los siglos podrían seguir.

Lo vulgar de la forma y lo incorrecto de la versificación, revelan que la comedia está escrita á la ligera.

Hay, sin embargo, animación en el diálogo, chistes frecuentes, y esto, unido á la esmerada ejecución de Osorio, Mario y la Hijosa, ha sido suficiente para que *Los Hijos de Adán* se escuche con gusto.

El lector ha de permitirme que omita pormenores acerca del teatro de los bufos. Ni soy escultor, ni quiero pasar por escayolista, ni se me alcanza gran cosa de pezones ¡qué puedo decir del *Rey Midas*!

Nunca he conseguido convencerme de que cante Arderius, ni de que escriba música Rogel; así que no puedo juzgar un arte que desconozco por completo.

Es de advertir que la zarzuela bufa *El Rey Midas*, tiene, amén de otros varios, el inconveniente de ser bufa y seria, ó seria y bufa, según las ocasiones; con que la parte de parodia que, en este género, viene á ser lo esencial, queda aquí sin aplicación.

¿Quién puede decirme si las musas se presentan en caricatura ó en serio? ¿Quién podrá afirmar, en conciencia, si la muerte de Narciso se presenta en serio ó en caricatura?

Justo es decir que, entre muchos chistes rancios ya y conocidísimos por cuantos leen gacetas de periódicos, hay en *El Rey Midas* algunos verdaderamente oportunos, y trozos de versificación fácil y agradable.

Los que han visto *Mejstófles* conocen el *Faustito*: hay una diferencia: en la zarzuela se canta.

Con intención deliberada he dejado para lo último el *Viaje económico de Madrid á Biarritz*, original de los señores Ramos Carrion y Coello, con música del distinguido maestro Arrieta.

No es este juguete una obra maestra; ni creo yo que sus autores lo hayan presentado con esa aspiración; es, sin embargo, un cuadro de costumbres dibujado con ligereza y sombreado con oportunidad y con gracia.

Lástima es que sus autores hayan buscado algunos efectos acudiendo á chistes ajenos, conocidísimos—y hasta vulgares—como son, por ejemplo, el de las sopas repetidas, el del perro que no sabe ladrar en frances, y otros; es también lástima que, acaso fatigados ya, no hayan visto el medio de dar á su trabajo otro desenlace.

El que tiene la obra, sobre escasear, á mi juicio, de gracia, ofrece el inconveniente gravísimo de ser pretencioso.

Y si se tildó á Moratin de vanidoso por haber escrito su *Comedia nueva*, vean los autores del *Viaje económico* lo que podrá decirse de quienes, en una obra como la suya, á otras del mismo género, ensuran aunque de forma diferente.

Pasadas las funciones de Pascua, que pocas veces van más allá del año en que nacen, anúnciase ya nuevas creaciones de nuestros peregrinos poetas.

Las deseo con toda mi alma grandioso éxito y después larga y gloriosa existencia.

A. SANCHEZ PEREZ.

TROPPMANN *.

¿Qué sucedía esta mañana en el *Passage des Panoramas*? Se preguntan muchas personas que no han podido entrar en el *passage*, y que se han visto precisadas á dar un rodeo grande para llegar á los diferentes puntos donde tenían asuntos pendientes.

Yo sé lo que sucedía. Una multitud inmensa ocupaba el pasaje por completo; y á gran distancia se advertía que algo de extraordinario pasaba allá dentro.

La multitud, agolpada á la puerta de una tienda, se agitaba y removía, como sucede á la puerta de un teatro donde se representa una obra notable.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, todos hablaban á un tiempo.

—No empujar!

—Yo estoy antes que Vds.

—Yo he llegado hace una hora.

—Silencio!

—Un poco de orden, señores.

—Para todos habrá.

—Puede que no.

—Dicen que ya se han acabado.

—¿Qué escándalo!

Y unas tras otras iban entrando en la tienda personas de todas clases y condiciones. Al entrar se les veía un franco en la mano. Al salir sacaban un cartoncito que todo el mundo quería ver en seguida.

Era el retrato de Troppmann.

El retrato de Troppmann era el objeto de tanto afán y de tanto trasiego. Hasta hoy no se había permitido reproducir la efigie de esta triste celebridad contemporánea. Apenas circuló por París la noticia de que el retrato estaba á la venta, París entero se dirigió en procesion al pasaje de los Panoramas.

El pueblo parisiense es muy curioso; pero esta vez la curiosidad está justificada. Troppmann es, hace cuatro

* Aun cuando no somos aficionados á contribuir á la triste celebridad que adquieren ciertos criminales por medio de la prensa, la fotografía y la ilustración, cedemos á la corriente de la curiosidad pública por esta vez, y reproducimos este retrato, el primero auténtico que ha llegado á Madrid.



TROPPMANN.

meses, el objeto de todas las conversaciones. Su crimen no tiene parecido en los anales del foro francés. Un grito general se ha levantado contra el asesino, y á todo el mundo interesa conocer los rasgos de su fisonomía. La *Asiognomía* está de enhorabuena. La estupidez y la solapería se adivinan en el rostro de este hombre á quien nada conmueve, á quien nada obliga á salir de la cínica indiferencia de que tiene dadas tantas pruebas.

Troppmann cuenta veinte años. A esta edad, el corazón es siempre generoso, y la vida es lo suficientemente hermosa para que el hombre no piense en abandonarla

infamado. Troppmann hace ocho víctimas con una ferocidad inconcebible.

Pueden la mala educación ó la imaginación extraviada conducir al hombre á tal extremo; pero á los veinte años no se oye en calma una sentencia de muerte. Troppmann ve con tranquilidad la marcha del proceso, y oye con cierto desden al voz que le condena á ser guillotinado.

En la prision tiene á gala el contar todos los horribles detalles de sus ocho crímenes. Se complace en referir cómo pateó los cadáveres de la señora Kinck y de sus niños, y llega á aterrar á otros asesinos que con él comparten la soledad de la Conserjería.

Se divierte escribiendo versos á su manera. Pide de beber á menudo. Juega á las cartas. Duermes tranquilo.

No es de extrañar, pues, que el pasaje de los Panoramas estuviese hoy interceptado por la multitud, y que á las dos de la tarde fueran vendidos cerca de doce mil retratos del héroe de Pantin.

Los lectores de LA ILUSTRACION desearán sin duda conocer este siniestro personaje, y yo me he apresurado á enviarles la fotografía, comprada á los pocos momentos de ponerse á la venta.

Hoy es un día en que todo el mundo lleva su carton en el bolsillo. Cada persona hace una observación. Cada observador dice algo nuevo. De esta manera la opinión se ilustra, y siempre hay algo que aprender en este gran centro del mundo civilizado.

Y como en los círculos más serios hay siempre un personaje cómico, no han faltado hoy tampoco chistes oportunos.

La aparición del retrato de Troppmann, ya condenado á muerte, ha coincidido con la separación de Mr. Haussman de su cargo de prefecto del Sena.

A lo cual observa un periodista muy conocido:

—Rara vez se vé en París que en un sólo día se tomen dos grandes medidas de utilidad pública.

EUSEBIO BLASCO.

Paris, 7 de Enero de 1870.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

DIRECTOR GENERAL, DON EDUARDO GASSET Y ARTIME.

DIRECTOR LITERARIO.
DON GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

GERENTE.
DON JOSÉ BRAVO Y DESTOURT.

DIRECTOR ARTISTICO.
DON JOSÉ VALLEJO GALEAZO.

REDACTOR.
DON ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES.

GRABADOR.
DON BERNARDO RICO.

DIBUJANTE.
DON VALERIANO BECQUER.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publicará los días 12 y 27 de cada mes, empezando el presente Enero.

Cada número constará de 16 páginas iguales á las de este prospecto, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes.	8 reales.
Tres meses.	22 »
Medio año.	42 »
Un año.	80 »

EN PROVINCIAS.

Tres meses.	30 »
Seis meses.	56 »
Un año.	100 »

CUBA PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año.	70 »
Un año.	140 »

AMÉRICA Y ASIA.

Un año.	240 »
-----------------	-------

Cada número suelto en Madrid. 4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles; librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, Núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente.

EN MADRID.

Un mes, las dos publicaciones.	40 reales.
Tres meses.	28 »
Medio año.	52 »
Un año.	100 »

EN PROVINCIAS.

Tres meses.	50 »
Medio año.	94 »
Un año.	170 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año.	180 »
Un año.	350 »

NOTA. No se servirá suscripción alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.